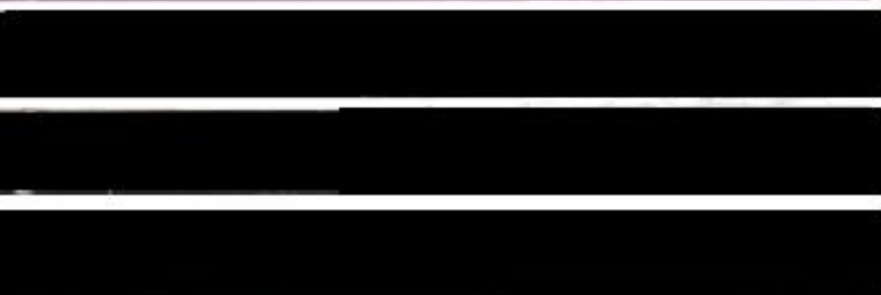


OBRA E IMAGEN

Aurelio Arturo



Lectulandia

OBRA E IMAGEN reedita Morada al Sur, en la versión definitiva que Aurelio Arturo preparó antes de morir, y otros poemas, aparecidos en publicaciones periódicas. Igualmente, allí aparecen testimonios e indagaciones críticas, que muestran la significación de su poesía y la autenticidad de su persona.

Aurelio Arturo falleció, en 1974, en Bogotá, cuando su lección y su influencia eran unánimemente reconocidas por las nuevas generaciones literarias.

Aurelio Arturo & AA. VV.

Obra e imagen

ePub r1.0

oronet 13.12.2019

Título original: *Obra e imagen*

Aurelio Arturo & AA. VV., 1977

Poetas ingleses: Barry Cole, Anselm Hollo, Peter Levi, Anthony Thwati, Matthew Mead, Karen Gershon

Sobre Aurelio Arturo: Rafael Maya / Aurelio Arturo; Hernando Téllez / La poesía de Aurelio Arturo; Danilo Cruz Vélez / Aurelio Arturo en su paraíso; Álvaro Mutis / Mi verdadero encuentro con Aurelio Arturo; Fernando Charry Lara / Aurelio Arturo; Fernando Arbeláez / Aurelio Arturo: Morada al Sur; Rogelio Echavarría: El Aurelio Arturo que yo conocí; Eduardo Camacho Guizado / Morada al sur; Juan Gustavo Cobo Borda / Aurelio Arturo: La palabra original

Editor digital: oronet

ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Obra e imagen

Dibujo 1 de Ramírez Villamizar, 1964

Dibujo 2 de Ramírez Villamizar, 1964

Morada al sur: Poemas

Morada al sur

Canción del ayer

La ciudad de Almaguer

Clima

Canción de la noche callada

Interludio

Qué noche de hojas suaves

Canción de la distancia

Remota luz

Sol

Rapsodia de Saulo

Nodriza

Vinieron mis hermanos

Madrigales

Poemas no incluidos en el libro

Todavía

Silencio

Tierra de nadie

Arrullo

Canción de amor y soledad

Canción de hojas y lejanías

Canciones

Canción del niño que soñaba

La canción del verano

Canción del viento

Canción de hadas

Amo la noche

Sequía

Palabra

Lluvias

Tambores

Yerba

Versiones: Poetas ingleses contemporáneos

Barry Cole (1936). Persona desaparecida

Anselm Hollo (1934). Primera oda para una damita

Pete Levi (1931). Para hablar del alma

Anthony Thawaite (1930). Cartas de Sinesio

Matthew Mead (1924). Identidades

Kanen Gershon (1923). En el cementerio judío

Imagen

Rafael Maya. Aurelio Arturo

Hernando Tellez. La poesía de Aurelio Arturo

Danilo Cruz Vélez. Aurelio Arturo en su paraíso

Álvaro Mutis. Mi verdadero encuentro con Aurelio Arturo

Fernando Charry Lara. Aurelio Arturo

Fernando Arbeláez. Aurelio Arturo: Morada al sur

Rogelio Echavarría. El Aurelio Arturo que yo conocí

Eduardo Camacho. Morada al sur

J. G. Cobo Borda. Aurelio Arturo: La palabra original

Fragmento del acta del jurado que adjudicó el premio nacional de poesía
“Guillermo Valencia”

Sobre el autor

Notas



ARTURO AURELIO, dibujo de Ramírez Villamizar, 1964.



MORADA AL SUR^[1]

Los poemas que se agrupan bajo el título de *Morada al Sur*, fueron publicados en 1963, en las ediciones del Ministerio de Educación Nacional. Monte Ávila Editores de Caracas los reeditó en 1975. Estos poemas habían aparecido originalmente en 1931 y 1934, en *Lecturas Dominicales* de “El Tiempo”, y en la Crónica Literaria de “El País”, con excepción del titulado “Morada al Sur”, que fue publicado en la *Revista de la Universidad Nacional*, en 1942, y “Nodriza” y “Madrigales”, aparecidos en *ECO*, en 1960.

MORADA AL SUR

I

En las noches mestizas que subían de la hierba,
jóvenes caballos, sombras curvas, brillantes,
estremecían la tierra con su casco de bronce.
Negras estrellas sonreían en la sombra con dientes de oro.

Después, de entre grandes hojas, salía lento el mundo.
La ancha tierra siempre cubierta con pieles de soles.
(Reyes habían ardido, reinas blancas, blandas,
sepultadas dentro de árboles gemían aún en la espesura).

Miraba el paisaje, sus ojos verdes, cándidos.
Una vaca sola, llena de grandes manchas,
revolcada en la noche de luna, cuando la luna sesga,
es como el pájaro toche en la rama, “llamita”, “manzana de miel”.

El agua límpida, de vastos cielos, doméstica se arrulla.
Pero ya en la represa, salta la bella fuerza,
con majestad de vacada que rebasa los pastales.
Y un ala verde, tímida, levanta toda la llanura.

El viento viene, viene vestido de follajes,
y se detiene y duda ante las puertas grandes,
abiertas a las salas, a los patios, las trojes.
Y se duerme en el viejo portal donde el silencio
es un maduro gajo de fragantes nostalgias.

Al mediodía la luz fluye de esa naranía.

en el centro del patio que barrieron los criados.
(El más viejo de ellos en el suelo sentado,
su sueño, mosca zumbante sobre su frente lenta).

No todo era rudeza, un áureo hilo de ensueño
se enredaba a la pulpa de mis encantamientos.
Y si al norte el viejo bosque tiene un tic-tac profundo,
al sur el cuervo viento trae franjas de aroma.

(Yo miro las montañas. Sobre los largos muslos
de la nodriza, el sueño me alarga los cabellos).

II

Y aquí principia, en este torso de árbol,
en este umbral pulido por tantos pasos muertos,
la casa grande entre sus frescos ramos.
En sus rincones ángeles de sombra y de secreto.

En esas cámaras yo vi la faz de la luz pura.
Pero cuando las sombras las poblaban de musgos,
allí, mimosa y cauta, ponía entre mis manos,
sus lunas más hermosas la noche de las fábulas.

* * *

Entre años, entre árboles, circuida
por un vuelo de pájaros, guirnalda cuidadosa,
casa grande, blanco muro, piedra y ricas maderas,
a la orilla de este verde tumbo, de este oleaje poderoso.

En el umbral de roble demoraba,
hacia ya mucho tiempo, mucho tiempo marchito,
el alto grupo de hombres entre sombras oblicuas,
demoraba entre el humo lento alumbrado de remembranzas:

Oh voces manchadas del tenaz paisaje, llenas
del ruido de tan hermosos caballos que galopan bajo asombrosas ramas.

ramas.

Yo subí a las montañas, también hechas de sueños,
yo ascendí, yo subí a las montañas donde un grito
persiste entre las alas de palomas salvajes.

* * *

Te hablo de días circuidos por los más finos árboles:
te hablo de las vastas noches alumbradas
por una estrella de menta que enciende toda sangre:

te hablo de la sangre que canta como una gota solitaria
que cae eternamente en la sombra, encendida:

te hablo de un bosque extasiado que existe
sólo para el oído, y que en el fondo de las noches pulsa
violas, arpas, laúdes y lluvias sempiternas.

Te hablo también: entre maderas, entre resinas,
entre millares de hojas inquietas, de una sola hoja:

pequeña mancha verde, de lozanía, de gracia,
hoja sola en que vibran los vientos que corrieron
por los bellos países donde el verde es de todos los colores,
los vientos que cantaron por los países de Colombia.

Te hablo de noches dulces, junto a los manantiales, junto a cielos
que tiemblan temerosos entre alas azules:

te hablo de una voz que me es brisa constante,
en mi canción moviendo toda palabra mía,
como ese aliento que toda hoja mueve en el sur, tan dulcemente,
toda hoja, noche y día, suavemente en el sur.

III

En el umbral de roble demoraba,
hacia ya mucho tiempo, mucho tiempo marchito,
un viento en sus frentes, un viento remanado

que repeña una yerba anigua, hasta el cansancio.

Y yo volvía, volvía por los largos recintos
que tardara quince años en recorrer, volvía.

Y hacia la mitad de mi canto me detuve temblando,
temblando temeroso, con un pie en una cámara
hechizada, y el otro a la orilla del valle
donde hierve la noche estrellada, la noche
que arde vorazmente en una llama tácita.

Y a la mitad del camino de mi canto temblando
me detuve, y no tiembla entre sus alas rotas,
con tanta angustia, una ave que agoniza, cual pudo,
mi corazón luchando entre cielos atroces.

IV

Duerme ahora en la cámara de la lanza rota en las batallas.
Manos de cera vuelan sobre tu frente donde murmuran
las abejas doradas de la fiebre, duerme.
El río sube por los arbustos, por las lianas, se acerca,
y su voz es tan vasta y su voz es tan llena.
Y le dices, repites: ¿Eres mi padre? Llenas el mundo
de tu aliento saludable, llenas la atmósfera.
—Soy el profundo río de los mantos suntuosos.
Duerme quince años fulgentes, la noche ya ha cosido
suavemente tus párpados, como dos hojas más, a su follaje negro.



No eran jardines, no eran atmósferas delirantes. Tú te acuerdas
de esa tierra protegida por una ala perpetua de palomas.
Tantas, tantas mujeres bellas, fuertes, no, no eran
brisas visibles, no eran aromas palpables, la luz que venía
con tan cambiantes trajes, entre linos, entre rosas ardientes.
¿Era tu dulce tierra cantando, tu carne milagrosa, tu sangre?

Todos los cedros callan, todos los robles callan.

Y junto al árbol rojo donde el cielo se posa,
hay un caballo negro con soles en las ancas,
y en cuyo ojo líquido habita una centella.
Hay un caballo, el mío, y oigo una voz que dice:
“Es el potro más bello en tierras de tu padre”.

* * *

En el umbral gastado persiste un viento fiel,
repitiendo una sílaba que brilla por instantes.
Una hoja fina aún lleva su delgada frescura
de un extremo a otro extremo del año.
“Torna, torna a esta tierra donde es dulce la vida”.

V

He escrito un viento, un soplo vivo
del viento entre fragancias, entre hierbas
mágicas; he narrado
el viento; sólo un poco de viento.

Noche, sombra hasta el fin, entre las secas
ramas, entre follajes, nidos rotos —entre años-
rebrillaban las lunas de cáscara de huevo,
las grandes lunas llenas del silencio y del espanto.

CANCIÓN DEL AYER

A Esteban

Un largo, un oscuro salón rumoroso
cuyos confines parecían perderse en otra edad balsámica.
Recuerdo como tres antorchas áureas nuestras cabezas inclinadas
sobre aquel libro viejo que rumoraba profundamente en la noche.

Y la noche golpeaba con leves nudillos en la puerta de roble.
Y en los rincones tantas imágenes bellas, tanto camino
soleado, bajo una leve capa de sombra luciente como terciopelo.

La voz de Saúl me era una barca melodiosa.
Pero yo prefería el silencio, el silencio de rosas y plumas,
de Vicente, el menor, que era como un ángel
que hubiese escondido su par de alas en un profundo armario.

Mas, ¿quién era esa alta, trémula mujer en el salón profundo?
¿Quién la bella criatura en nuestros sueños profusos?
¿Quizá la esbelta beldad por quien cantaba nuestra sangre?
¿O así, tan joven, de luz y silencio, nuestra madre?

O acaso, acaso esa mujer era la misma música,
la desnuda música avanzando desde el piano,
avanzando por el largo, por el oscuro salón como en un sueño.

* * *

(A ti lejano Esteban, que bebiste mi vino,
te lo quiero contar, te lo cuento en humanas, míseras palabras:
Cuando estás en la sombra. Cuando tus sueños bajan
- - - - -

te lo quiero contar, te lo cuento en humanas, míseras palabras:
Cuando estás en la sombra. Cuando tus sueños bajan
de una estrella a otra hasta tu lecho,
y entre tus propios sueños eres humo de incienso,
quizá entonces comprendas, quizá sientas,
por qué en mi voz y en mi palabra hay niebla).

* * *

Un largo, un oscuro salón, tal vez la infancia.
Leíamos los tres y escuchábamos el rumor de la vida,
en la noche tibia, destrenzada, en la noche
con brisas del bosque. Y el grande, oscuro piano,
llenaba de ángeles de música toda la vieja casa.

LA CIUDAD DE ALMAGUER

La ciudad de Almaguer en oro y en leyendas
alzada, ardiera siempre con audaz fogata
la remembranza. (Brisas erraban. Noche.
Brumosa voz urdía la feliz cantinela).

“Hablaban las mujeres, su voz la dicha ardía
y el suave amor. Los largos brazos blancos
fluían lentitud...”. (Y en una sombra
honda la voz dorada se perdía).

Las montañas de oro ya en la bruma se hundían.
Mas las bellas mujeres ardientes de pureza,
hendiendo con sus senos la bruma y la opalina
sombra vienen, venían.

“Hablaban las mujeres...”.
La habla pulposa, casi palpable, altas
vienen. (La bruma azul ya se desvanecía).
Y en la voz de las mórbidas mujeres
reclinado, mil años me adormía.

CLIMA

Este verde poema, hoja por hoja,
lo mece un viento fértil, suroeste;
este poema es un país que sueña,
nube de luz y brisa de hojas verdes.

Tumbos del agua, piedras, nubes, hojas
y un soplo ágil en todo, son el canto.
Palmas había, palmas y las brisas
y una luz como espadas por el ámbito.

El viento fiel que mece mi poema,
el viento fiel que la canción impele,
hojas meció, nubes meció, contento
de mecer nubes blancas y hojas verdes.

Yo soy la voz que al viento dio
canciones
puras en el oeste de mis nubes;
mi corazón en toda palma, roto
dátil, unió los horizontes múltiples.

Y en mi país apacentando nubes,
puse en el sur mi corazón, y al norte,
cual dos aves rapaces, persiguieron
mis ojos, el rebaño de horizontes.

La vida es bella, dura mano, dedos
tímidos al formar el frágil vaso
de tu canción, lo colmes de tu gozo
o de escondidas mieles de tu llanto.

Este verde poema, hoja por hoja
lo mece un viento fértil, un esbelto
viento que amó del sur hierbas y cielos,
este poema es el país del viento.

Bajo un cielo de espadas, tierra oscura,
árboles verdes, verde algarabía
de las hojas menudas y el moroso
viento mueve las hojas y los días.

Dance el viento y las verdes lontananzas
me llamen con recónditos rumores:
dócil mujer, de miel henchido el seno,
amó bajo las palmas mis canciones.

CANCIÓN DE LA NOCHE CALLADA

En la noche balsámica, en la noche,
cuando suben las hojas hasta ser las estrellas,
oigo crecer las mujeres en la penumbra malva
y caer de sus párpados la sombra gota a gota.

Oigo engrosar sus brazos en las hondas penumbras
y podría oír el quebrarse de una espiga en el campo.

Una palabra canta en mi corazón, susurrante
hoja verde sin fin cayendo. En la noche balsámica,
cuando la sombra es el crecer desmesurado de los
árboles,
me besa un largo sueño de viajes prodigiosos
y hay en mi corazón una gran luz de sol y maravilla.

En medio de una noche con rumor de floresta
como el ruido levísimo del caer de una estrella,
yo desperté en un sueño de espigas de oro trémulo
junto del cuerpo núbil de una mujer morena
y dulce, como a la orilla de un valle dormido.

Y en la noche de hojas y estrellas murmurantes
yo amé un país y es de su limo oscuro
parva porción el corazón acerbo;
yo amé un país que me es una doncella,
un rumor hondo, un fluir sin fin, un árbol suave.

Yo amé un país y de él traje una estrella
que me es herida en el costado, y traje

En la noche balsámica, en la noche,
cuando suben las hojas hasta ser las estrellas,
oigo crecer las mujeres en la penumbra malva
y caer de sus párpados la sombra gota a gota.

Oigo engrosar sus brazos en las hondas penumbras
y podría oír el quebrarse de una espiga en el campo.

Una palabra canta en mi corazón, susurrante
hoja verde sin fin cayendo. En la noche balsámica,
cuando la sombra es el crecer desmesurado de los árboles,
me besa un largo sueño de viajes prodigiosos
y hay en mi corazón una gran luz de sol y maravilla.

En medio de una noche con rumor de floresta
como el ruido levísimo del caer de una estrella,
yo desperté en un sueño de espigas de oro trémulo
junto del cuerpo núbil de una mujer morena
y dulce, como a la orilla de un valle dormido.

Y en la noche de hojas y estrellas murmurantes
yo amé un país y es de su limo oscuro
parva porción el corazón acerbo;
yo amé un país que me es una doncella,
un rumor hondo, un fluir sin fin, un árbol suave.

Yo amé un país y de él traje una estrella
que me es herida en el costado, y traje
un grito de mujer entre mi carne.

En la noche balsámica, noche joven y suave,
cuando las altas hojas ya son de luz, eternas...

Mas si tu cuerpo es tierra donde la sombra crece,
si ya en tus ojos caen sin fin estrellas grandes,
¿qué encontraré en los valles que rizan alas breves?,
¿qué lumbré buscaré sin días y sin noches?

INTERLUDIO

Desde el lecho por la mañana soñando despierto,
a través de las horas del día, oro o niebla,
errante por la ciudad o ante la mesa de trabajo,
¿a dónde mis pensamientos en reverente curva?

Oyéndote desde lejos, aun de extremo a extremo,
oyéndote como una lluvia invisible, un rocío.
Sintiéndote en tus últimas palabras, alta,
siempre al fondo de mis actos, de mis signos
cordiales,
de mis gestos, mis silencios, mis palabras y pausas.

A través de las horas del día, de la noche
—la noche avara pagando el día moneda a moneda—
en los días que uno tras otro son la vida, la vida
con tus palabras, alta, tus palabras, llenas de rocío,
oh tú que recoges en tu mano la pradera de mariposas.

Desde el lecho por la mañana, a través de las horas,
melodía, casi una luz que nunca es súbita,
con tu ademán gentil, con tu gracia amorosa,
oh tú que recoges en tus hombros un cielo de palomas.

QUÉ NOCHE DE HOJAS SUAVES

Qué noche de hojas suaves y de sombras
de hojas y de sombras de tus párpados,
la noche toda turba en ti, tendida,
palpitante de aromas y de astros.

El aire besa, el aire besa y vibra
como un bronce en el límite lontano
y el aliento en que fulgen las palabras
desnuda, puro, todo cuerpo humano.

Yo soy el que has querido, piel sinuosa,
yo soy el que tú sueñas, ojos llenos
de esa sombra tenaz en que boscajes
abren y cierran párpados serenos.

Qué noche de recónditas y graves
sombras de hojas, sombras de tus
párpados:
está en la tierra el grito mío, ardiendo,
y quema tu silencio como un labio.

Era una noche y una noche nada
es, pregona en sus cántigas el viento:
aún oigo tu anhelar, tu germinar melódico
y tu rumor de dátiles al viento.

Y he de cantar en días derivantes
por ondas de oro, y en la noche abierta
que enturbiará de ti mi pensamiento,
he de cantar con voz de sombra llena.

Qué noche de hojas suaves y de sombras
de hojas y de sombras de tus párpados,
la noche toda turba en ti, tendida,
palpitante de aromas y de astros.

CANCIÓN DE LA DISTANCIA

Mirarás un país turbio entre mis ojos,
mirarás mis pobres manos rudas,
mirarás la sangre oscura de mis labios:
todo es en mí una desnudez tuya.

Venía por arbolados la voz dulce
como acercando un bosque húmedo y fresco,
y una estrella caía duramente,
fija, la antigua cicatriz de un beso.

De arena parecían los cielos, y volvía
poseso del rumor que cual dos alas
me ciñó en una ronda inacabable,
me ciñó al fin la flor de tu palabra.

¿Qué rojea en la noche sino el puro
labio tuyo? Y corazón, estrella y sueño,
mueve un solo vaivén que lejos fluye,
turbio como distancia y como ruego.

Tu desnudez verás en mis ojos absortos,
mirarás mi horizonte que roe una fogata,
tú, que no serás nunca sino masa de llamas,
en mi honda noche de árboles, callada.

Desnudo en mi fervor y tú en tu sangre,
es más que seda suave este silencio,
en esta noche ancha en que germina
todo y palpita todo, aromas y luceros.

Volver cuando anoche en canto y frondas

volver cuando anoche en canto y mareas
y rumia el viento que lo aleja todo:
ya no veré sino una palma muda
y el cielo, un áureo torbellino, en torno.

Volver, los cielos parecían de arena,
ha mucho, hace un instante, ha mucho tiempo;
y nadie ha de quitarme esta noche en que
fuieste
larga y desnuda carne vestida de mi aliento.

Volver la senda turbia oyendo al viento
rumiar lejos, muy lejos, de los días.
Por mi canción conocerás mi valle,
su hondura en mi sollozo has de medirla.

REMOTA LUZ

Si de tierras hermosas retorno,
¿qué traigo? ¡Me cegó su resplandor!
Las manos desnudas, rudas, nada,
no traigo nada: traigo una canción.

Tierra buena, murmullo lánguido,
caricia, tierra casta,
¿cuál tu nombre, tu nombre tierra mía,
tu nombre Herminia, Marta?

Dorado arrullo eras.
Yo te besé tierra del gozo.
Tu noche era honda y grave,
y tu día, a mis ojos, una montaña de oro.

Tierra, tierra dulce y suave,
¿cómo era tu faz, tierra morena?

SOL

Mi amigo el sol bajó a la aldea
a repartir su alegría entre todos,
bajó a la aldea y en todas las casas
entró y alegró los rostros.

Avivó las miradas de los hombres
y prendió sonrisas en sus labios,
y las mujeres enhebraron hilos de luz en sus dedos
y los niños decían palabras doradas.

El sol se fue a los campos
y los árboles rebrillaron y uno a uno
se rumoraban su alegría recóndita.
Y eran de oro las aves.

Un joven labrador miró el azul del cielo
y lo sintió caer entre su pecho.
El sol, mi amigo, vino sin tardanza
y principió a ayudar al labriego.

Habían pasado los nublados días,
y el sol se puso a laborar el trigo.
Y el bosque era sonoro. Y en la atmósfera
palpitaba la luz como abeja de ritmo.

El sol se fue sin esperar adioses
y todos sabían que volvería a ayudarlos,
a repartir su calor y su alegría
y a poner mano fuerte en el trabajo.

Todos sabían que comerían el pan bueno

todos sabían que comerían el pan bueno
del sol, y beberían el sol en el jugo
de las frutas rojas, y reirían el sol generoso,
y que el sol ardería en sus venas.

Y pensaron: el sol es nuestro, nuestro sol
nuestro padre, nuestro compañero
que viene a nosotros como un simple obrero.
Y se durmieron con un sol en sus sueños.

Si yo cantara mi país un día,
mi amigo el sol vendría a ayudarme
con el viento dorado de los días inmensos
y el antiguo rumor de los árboles.

Pero ahora el sol está muy lejos,
lejos de mi silencio y de mi mano,
el sol está en la aldea y alegra las espigas
y trabaja hombro a hombro con los hombres del campo.

RAPSODIA DE SAULO

Trabajar era bueno en el sur, cortar los árboles,
hacer canoas de los troncos.
Ir por los ríos en el sur, decir canciones
era bueno. Trabajar entre ricas maderas.

(Un hombre de la riba, unas manos hábiles,
un hombre de ágiles remos por el río opulento,
me habló de las maderas balsámicas, de sus efluvios...
un hombre viejo en el sur, contando historias).

Trabajar era bueno. Sobre troncos
la vida, sobre espuma, cantando las crecientes.
¿Trabajar un pretexto para no irse del río,
para ser también el río, el rumor de la orilla?

Juan Gálvez, José Narváez, Pioquinto Sierra,
como robles entre robles... Era grato,
con vosotros cantar o maldecir, en los bosques
abatir avecillas como hojas del cielo.

Y Pablo Garcés, Julio Balcázar, los Ulloas,
tantos que allí se esforzaban entre los días.

Trajimos sin pensarlo en el habla los valles,
los ríos, su resbalante rumor abriendo noches,
un silencio que picotean los verdes paisajes,
un silencio cruzado por un ave delgada como hoja.

Mas los que no volvieron viven más hondamente,
los muertos viven en nuestras canciones.

Trabajar... Ese río me baña el corazón.
En el sur. Vi rebaños de nubes y mujeres más leves
que esa brisa que me mece la siesta de los árboles.
Pude ver, os lo juro, era en el bello sur.

Grata fue la rudeza. Y las blancas aldeas,
tenían tan suaves brisas: pueblecillos de río,
en sus umbrales las mujeres sabían sonreír y dar un beso.
Grata fue la rudeza y ese hálito de hombría y de resinas.

Me llena el corazón de luz de un suave rostro
y un dulce nombre, que en la ruta cayó como una rosa.

Aldea, paloma de mi hombro, yo que silbé por los caminos,
yo que canté, un hombre rudo, buscaré tus helechos,
acariciaré tu trenza oscura —un hombre bronco—,
tus perros lamerán otra vez mis manos toscas.

Yo que canté por los caminos, un hombre de la orilla,
un hombre de ligeras canoas por los ríos salvajes.

NODRIZA

Mi nodriza era negra y como estrellas de plata
le brillaban los ojos húmedos en la sombra:
su saliva melodiosa y sus manos palomas mágicas.
¿O era ella la noche, con su par de lunas moradas?
¿Por qué ya no me arrullas, oh noche mía
 amorosa,
en el valle de yerbas tibias de tu regazo?

En mi silencio a veces aflora fugitiva
una palabra tuya, húmeda de tu aliento,
y cantan las primaveras y su fiebre dormida
quema mi corazón en ese solo pétalo.

Una noche lejana se llegó hasta mi lecho,
una silueta hermosa, esbelta, y en la frente
me besó largamente, como tú; ¿o era acaso
una brisa furtiva que desde tus relatos
venía en puntas de pie y entre sedas ardientes?

¿Tú que hiciste a mi lado un trecho de la vía,
te acuerdas de ese viento lento, dulce aura,
de canciones y rosas en un país de aromas,
te acuerdas de esos viajes bordeados de fábulas?

VINIERON MIS HERMANOS

Vinieron mis hermanos por juntar en mi sueño
espigas de sus sueños...

Cuéntame tú, Vicente,
tú que amaste las velas y el viento gemidor,
cántame las canciones de la espuma marina,
cuéntame las leyendas de las islas de Or”.

Tú, Saúl, que tomaste la ancha ruta terrestre
y de lo ignoto amaste la bruma y el temblor,
en tu habla se agolpan dulces rostros y blandas
voces, nublan distancias tus valles de canción.

Tú, Javier, que encendiste en la ciudad tu corazón,
¿aún oyes el grito de las bellas sirenas
en la noche dorada? Cántame el bello horror
que embriagaba tu sangre, cántame... Pobre niño,
el corazón te suena como un viejo acordeón

Y yo, que amé las nubes anhelantes y vagas
y el polvo de oro de los días y el son
del bosque, diré cantos en los que até júbilos
de mil vidas, al tenue hilo de mi emoción.

Vinieron mis hermanos por juntar con mi sueño,
espigas de sus sueños como en un resplandor.
Venía el viento y curvaba la dorada gavilla,
venía el viento de lejos, turbio como una voz.

MADRIGALES

I

Déjame ya ocultarme en tu recuerdo inmenso,
que me toca y me ciñe como una niebla amante;
y que la tibia tierra de tu carne me añore,
oh isla de alas rosadas, plegadas dulcemente.

Y estos versos fugaces que tal vez fueron besos,
y polen de florestas en futuros sin tiempo,
ya son como reflejos de lunas y de olvidos,
estos versos que digo, sin decir, a tu oído.

II

Llámame en la hondonada de tus sueños más dulces,
llámame con tus cielos, con tus nocturnos
firmamentos,
llámame con tus noches desgarradas al fondo
por esa ala inmensa de imposible blancura.

Llámame en el collado, llámame en la llanura
y en el viento y la nieve, la aurora y el poniente,
llámame con tu voz, que es esa flor que sube
mientras a tierra caen llorándola sus pétalos.

III

en la página azul de este cielo nostálgico
como el viejo lamento del viento en el postigo
del día más floral entre los días idos.

Una palabra vuelve, pero no es tu palabra,
aunque fuera tu aliento que repite mi nombre,
sino mi boca húmeda de tus besos perdidos,
sino tus labios vivos en los míos, furtivos.

Y vuelve, cada siempre, entre el follaje alterno
de días y de noches, de soles y sombrías
estrellas repetidas, vuelve como el celaje
y su bandada quieta, veloz y sin fatiga.

No es para ti este canto que fulge de tus lágrimas,
no para ti este verso de melodías oscuras,
sino que entre mis manos tu temblor aún persiste
y en él, el fuego eterno de nuestras horas mudas.

POEMAS NO INCLUIDOS EN EL LIBRO

Los poemas que conforman esta sección aparecieron, en su casi totalidad, entre 1945 y 1972.

“Arrullo”, “Canción de amor y soledad” y “Canción de hojas y de lejanías” fueron publicados por las ediciones de la Librería Siglo xx, que con el título de *Cántico* (año II, 1945, N.º 7) dirigía Jaime Ibáñez.

“Canciones”, “Canción del niño que soñaba”, “Canción del verano”, “Canción del viento” y “Canción de hadas”, fueron publicados por la revista *ECO*, en 1963. El poema “Amo la noche” fue incluido por Fernando Arbeláez, en su *Panorama de la nueva poesía colombiana*, publicado por el Ministerio de Educación Nacional, en 1964.

“Sequía” apareció en la revista *Espiral*, N.º 120, Sept-Dic. de 1971, y “Palabra”, “Lluvias” y “Tambores” aparecieron en el primer número de *Golpe de Dados*, 1972. “Yerba” apareció, en forma póstuma, en la revista *Pluma*.

TODAVÍA

Cantaba una mujer, cantaba
sola creyéndose en la noche,
en la noche, felposo valle.

Cantaba y cuanto es dulce
la voz de una mujer, ésa lo era.
Fluía de su labio
amorosa la vida...
la vida cuando ha sido bella.

Cantaba una mujer
como en un hondo bosque, y sin
mirarla
yo la sabía tan dulce, tan hermosa.
Cantaba, todavía
canta...

SILENCIO

Cabelleras y sueños confundidos
cubren los cuerpos como sordos musgos
en la noche, en la sombra bordadora
de terciopelos hondos y olvidos.

Oros rielan el cielo como picos
de aves que se abatieran en bandadas,
negra comba incrustada de oros vivos,
sobre aquel gran silencio de cadáveres.

Y así solo, salvado de la sombra,
junto a la biblioteca donde vaga
rumor de añosos troncos, oigo alzarse
como el clamor ilímite de un valle.

Ronco tambor entre la noche suena
cuando están todos muertos, cuando todos,
en el sueño, en la muerte, callan llenos
de un silencio tan hondo como un grito.

Róndeme el sueño de sedosas alas,
róndeme cual laurel de oscuras hojas
mas oh el gran huracán de los silencios
hondos, de los silencios clamorosos.

Y junto a aquel vivac de viejos libros,
mientras sombra y silencio mueve, sorda
la noche que simula una arboleda,
te busco en las honduras prodigiosas,
ígnea, voraz, palabra encadenada.

Cabelleras y sueños confundidos
cubren los cuerpos como sordos musgos
en la noche, en la sombra bordadora
de terciopelos hondos y olvidos.

Oros rielan el cielo como picos
de aves que se abatieran en bandadas,
negra comba incrustada de oros vivos,
sobre aquel gran silencio de cadáveres.

Y así solo, salvado de la sombra,
junto a la biblioteca donde vaga
rumor de añosos troncos, oigo alzarse
como el clamor ilímite de un valle.

Ronco tambor entre la noche suena
cuando están todos muertos, cuando
todos,
en el sueño, en la muerte, callan llenos
de un silencio tan hondo como un grito.

Róndeme el sueño de sedosas alas,
róndeme cual laurel de oscuras hojas
mas oh el gran huracán de los silencios
hondos, de los silencios clamorosos.

Y junto a aquel vivac de viejos libros,
mientras sombra y silencio mueve, sorda
la noche que simula una arboleda,
te busco en las honduras prodigiosas,
ígnea, voraz, palabra encadenada.

TIERRAS DE NADIE

Oíd el canto dulce de las tierras de nadie.
Tanta belleza es cierta, viva, sensual, sencilla;
no obstante todo aquí habla de otras tierras más
dulces,
todo es aquí presencias y hablas de maravilla.

Dispútanse las hojas cada cual susurrando
tener un más hermoso país ignoto y verde,
y las nubes, se dicen, sedosas resbalando:
aún más bello y dulce otro país existe.

Y unas aguas oscuras que casi no se escuchan
pretenden que su vago país aún más dichoso
es, que los ilusorios países de la nube.
¡Oh presencias aquí de arrulladas orillas!

De noche, las estrellas murmuran: somos hojas
de celestes follajes, y en acordados ritmos
cada hoja se mece al son de alguna estrella,
en estos cielos vivos de las tierras de nadie.

En estos cielos vivos de las tierras de nadie
hay tanto vuelo ágil, tanta pluma irisada,
que es como si los pájaros fueran aquí más libres,
que es como si esta tierra fuera tierra de aves.

Cielos abandonados a las nubes y al vuelo,
melodiosos de alas que en el trino las abren,
y a las algarabías vegetales que llaman
las lentas nubes blancas de las tierras de nadie.

Tierras, tierras de nadie, oh tierras sin caminos
que aún no oís el ritmo de la humana tonada,
la dulce y suave y honda tonada de las bocas
rojas, la flecha leve que ató toda distancia.

ARRULLO

La noche está muy atareada
en mecer una por una,
tantas hojas.
Y las hojas no se duermen
todas.

Si le ayudan las estrellas,
cómo tiembla y tintinea la infinita
comba eterna.

¿Pero quién dormirá a tantas,
tantas,
si ya va subiendo el día
por el río?

(¿Dónde canta este país
de las hojas
y este arrullo de la noche
honda?).

Por el lado del río
vienen los días
de bozo dorado,
vienen las noches
de fino labio.

(¿Dónde el bello país de los ríos
que abre caminos
al viento claro
y al canto?).

y al canto?').

La noche está muy atareada
en mecer una por una,
tantas hojas.
Y las hojas no se duermen
todas.

Si le ayudan las estrellas...
Pero hay unas más ocultas,
pero hay unas hojas, unas
que entrarán nunca en la noche,
nunca.

(¿Dónde cantan este país
de las hojas,
y este arrullo de la noche
honda?).

CANCIÓN DE AMOR Y SOLEDAD

Como en el áureo dátíl de solitaria palma,
orillas de mi predio todo el valle resuena,
tú en mi corazón, dátíl amargo, tiemblas
y te inclinas desnuda, sollozo y carne trémula.

De palma en que acongojase con vago son el viento,
dátíl fiel donde todos los horizontes suenan,
mi corazón es una carne tuya, tu carne,
cantando entre distancias y entre nieblas.

Tuyo es el viento y el rumor, dorados,
tuyo el canto en la noche sin palmeras
tuyo el trémolo al fondo de los huesos,
y el palpitir oscuro de mis venas.

El país que en tus ojos vive entre parpadeos,
canta en mí con su largo sollozar inefable,
rumora en mí, y el ansia de tu boca madura,
y rumorán sin fin los valles de tu carne.

Oscura tú, y entre tu luz sin tregua,
eres un son tan hondo, tan hondo y dolorido.

Dátíl maduro, dátíl amargo, escucha
mi corazón al filo del viento, tu gemido,
tu gemido gozoso, tu olor de flor abierta.
mecido en ti, lleno de ti se escucha,
y da al viento ceniza de sus gritos.

CANCIÓN DE HOJAS Y LEJANÍAS

Eran las hojas, las murmurantes hojas,
la frescura, el rebrillo innumerable,
Eran las verdes hojas —la célula viva,
el instante imperecedero del paisaje—
eran las verdes hojas que acercan en su murmullo,
las lejanías sonoras como cordajes,
las finas, las desnudas hojas oscilantes.

Las hojas y el viento.
Hojas con marino ritmo ondulaban,
hojas con finas voces
hablando a un mismo tiempo, y que no eran
tantas sino una sola, palpitante
en mil espejos de aire, inacabable
hoja húmeda en luces,
reina del horizonte, ágil
avecilla saltante, picoteante por todos
los aros del horizonte, los aros cintilantes.

Las hojas, las bandadas de hojas,
al borde del azul, a la orilla del vuelo.

Eran las hojas y las murmurantes lejanías,
las hojas y las lejanías llenas de hablas,
las lejanías que el viento tañe como cuerdas:
oh pentagrama, pentagrama de lejanías
donde hojas son notas que el viento interpreta.

En las hojas rumoraban bellos países y sus nubes.
En las hojas murmuraban lejanías de países remotos,

Eran las hojas, las murmurantes hojas,
la frescura, el rebrillo innumerable,
Eran las verdes hojas —la célula viva,
el instante imperecedero del paisaje—
eran las verdes hojas que acercan en su murmullo,
las lejanías sonoras como cordajes,
las finas, las desnudas hojas oscilantes.

Las hojas y el viento.
Hojas con marino ritmo ondulaban,
hojas con finas voces
hablando a un mismo tiempo, y que no eran
tantas sino una sola, palpitante
en mil espejos de aire, inacabable
hoja húmeda en luces,
reina del horizonte, ágil
avecilla saltante, picoteante por todos
los aros del horizonte, los aros cintilantes.

Las hojas, las bandadas de hojas,
al borde del azul, a la orilla del vuelo.

Eran las hojas y las murmurantes lejanías,
las hojas y las lejanías llenas de hablas,
las lejanías que el viento tañe como cuerdas:
oh pentagrama, pentagrama de lejanías
donde hojas son notas que el viento interpreta.

En las hojas rumoraban bellos países y sus nubes.
En las hojas murmuraban lejanías de países remotos,
rumoraban como lluvias de verdeante alborozo,
reían, reían lluvias de hablas clarísimas
como aguas, hablas alegres de hadas, vocales de gozo.

Y las lejanías tenían rumores de frondas sucesivas,
las lejanías oían, oían lluvias que narran leyendas,
oían lluvias antiguas. Y el viento
traía las lejanías como trae una hoja.

CANCIONES

Cántame tus canciones,
tus esbeltas, desnudas canciones,
esas que se visten de menudas hojas verdes
y hojas rojas,
y hojas verdidoradas,
con cortezas resinosas
y pequeñas piedras pulidas por el agua.

Cántame tus canciones:
las de los delgados cielos azules,
de las nubes azules,
de las montañas azules.

Y las otras:
las de las aguas hechizadas
que se precipitan gritando por las rocas,
y aquéllas en las que bandadas de alondras
levantan la mañana.

Y la canción de los hermosos caballos,
en la que se enumeran los caballos por sus colores,
y sus nombres
y sus orígenes y linajes.

Y la canción de los pájaros, las aves
que se nombran según sus plumajes
y sus vuelos y sus melodías.

Y la canción de las lluvias,
de las lluvias inmemoriales. Y de las otras,
las frívolas y danzarinas.

Y la honda canción de las noches
que hablan doradas palabras
que rebrillan por instantes,
las pacientes noches de larga memoria.

CANCIÓN DEL NIÑO QUE SOÑABA

Ésta es la canción del niño que soñaba
caminando por el salón penumbroso
de brisa lenta que estremecía sus pequeñas alas,
y oía, afuera, entre los árboles las arpas de la noche,
y voces ¿por qué tantas voces en el silencio?

Y cuando ya en el lecho su estrella descendía
y se quedaba temblando en un rincón como un sollozo,
el niño salía por la ventana como un pajarillo
pero su cuerpo muerto se estremecía en el sueño.

Y subía a las montañas y a la nieve lunar de las
montañas.

Veía landas sin luna, desiertos acuáticos
y por fin hacia el final de las sombras,
una ciudad desierta, iluminada
y como en un relato de magnificencia y catástrofes,
por las calles un solemne cortejo: un asno
paso a paso y sobre su lomo entrañas humanas,
entrañas: gruesos rubíes y topacios.

Y termina la canción porque el gallo canta
y el sueño despierta el pequeño cadáver,
y llega el alba sobre sus yeguas blancas.

LA CANCIÓN DEL VERANO

Y ésta es la canción de un verano
entre muchos hermosos veranos,
cuando el polvo se alza y danza
y el cielo es un follaje azul, distante.

Y entonces fue cuando vino con las brisas
que se levantan de los arroyos y de sus conchas,
la que cantaba la canción del verano,
la canción de yerbas secas y aromáticas
que arrullaban, cuando a mi lado
la sentía como una tierra que respira
y como un sueño de pólenes y estrellas
que resbalan tibias por la piel y las manos.

Entonces vino saltando
en medio de las brisas y la tarde, en grupo,
y lo primero que vi fue su traje ondeando
a lo lejos a la distancia contra el cielo puro.
Pero desde entonces no tuve ya nunca ojos para su traje.
Y no oí nada más, sino la canción del verano.

CANCIÓN DEL VIENTO

Toda la noche
sentí que el viento hablaba,
sin palabras.

Oscuras canciones del viento
que remueven noches y días que yacen
bajo la nieve de muchas lunas,
oh lunas desoladas,
lunas de espejos vacíos, inmensos,
lunas de hierbas y aguas estancadas,
lunas de aire tan puras y delgadas,
que una sola palabra
las destrozó en bandadas de palomas muertas.

La canción del viento desgarrar
orlas de soles y bosques,
y allí, en ellas, hermosas muchachas ríen en el
agua,
y traen en sus brazos
ramas y cortezas de días de oro
y hojas de luz naciente.

Días antiguos,
de sol y alas,
y de viento en las ramas,
cada hoja una sílaba,
la sombra de una palabra,
palabras secretas
de fragancia y penumbra.

y mi amiga esconde las estrellas más puras
en su ternura,
y las cubre con su aliento
y con la sombra de sus cabellos,
contra su mejilla.

El viento evoca sin memoria.
Canción oscura, entrecortada.
Flor de ruina y ceniza,
de vibraciones metálicas,
durante toda la noche que envejece
de soledad y espera.

El viento ronda la casa, hablando
sin palabras,
ciego, a tientas,
y en la memoria, en el desvelo,
rostros suaves que se inclinan
y pies rosados sobre el césped de otros días,
y otro día y otra noche,
en la canción del viento que habla
sin palabras.

CANCIÓN DE HADAS

¡Hadas divinas hadas!
Creer en las hadas
en las rosadas, felices noches estivales,
y también en esas noches extrañas
cuando entre abismos de sombras en el silencio
del silencio
se encuentra de súbito una líquida palabra melodiosa
como una fresca agua recóndita, un agua
de dulce mirada.
¿No creer ya en las hadas?
Pero entonces... Yo creo, ciertamente,
que mi antigua haya era una reina de hadas,
y lo supe cuando en el cielo de su mirada
subían rosas ardientes y cuando su palabra
quemó mi piel sin dejar señales,
y porque en su corpiño, bajo las sedas
le palpitaban palomas blancas.

* * *

Ahora el silencio
un silencio duro, sin manantiales,
sin retamas, sin frescura,
un silencio que persiste y se ahonda
aun detrás del estrépito
de las ciudades que se derrumban.
Y las hadas se pudren en los estanques muertos
entre algas y hojas secas
y malezas,
o se han transformado en trajes de seda
abandonados en viejos armarios que se quejan,
trajes que lucieron ciñéndose a la locura de las da
entre luces y músicas.

AMO LA NOCHE

No la noche que arrullan las ramas
y balsámica con olor de manzanas,
con el efluvio de la flor del naranjo;
oh, no la noche campesina
de piel húmeda y tibia y sana;

no la noche de Tirso Jiménez
que canta canciones de espigas
y muchachas doradas entre espigas;
no la noche de Max Caparroja,
en el valle de la estrella más sola
cuando un viento malo sopla sobre las
granjas
entre ráfagas de palomas moradas;
no la noche que lame las yerbas;

no la noche de brisa larga,
hojas secas que nunca caen,
y el engaño de las últimas ramas
rumiando un mar de lejanos relámpagos;
no la noche de las aguas melódicas
volteando las hablas de la aldea;
no la noche de musgo y del suave
regazo de hierbas tibias de una mozuela;
yo amo la noche de las ciudades.

Yo amo la noche que se embelesa
en su danza de luces mágicas,
y no se acuerda de los silencios
vegetales que roen los insectos;

✓
en la que apenas se oye si agita
el corazón sus alas azules;

y no es la noche sin cantares
la que amo yo, la noche tácita
que habla en los bosques en voz baja,
o entra a las aldeas y mata.

Yo amo la noche sin estrellas
altas; la noche en que la brumosa
ciudad cruzada de cordajes,
me es una grande, dócil guitarra.
Allí donde dulcemente respira
un perfil cercano y distante
al que canto entre sus espejos,
sus sedas y sus presagios:
valle aromado, dátiles de seda;
cuando hay un rincón de silencio
como un jirón de terciopelo
para evocar esos locos viajes
esas partidas traspasadas
por el vaho tibio de los caballos
que alzan sus belfos en el alba.

Yo amo la noche en el cansancio
del bullicio, de las voces, de los chirridos,
en pausa de remotas tempestades, en la dicha
asordinada, a la luz de las lámparas
que son como gavillas húmedas
de estrellas o cálidos recuerdos,
cuando todo el sol de los campos
vibra su luz en las palabras
y la vida vacila temblorosa y ávida
y desgarrar su rosa de llamas y lágrimas.

SEQUÍA

Porque la sed había herido toda cosa,
todo ser, toda tierra de hombres...
Y nunca más volvería la lluvia.

Y moría la aldea en el silencio de bronce.
Los flacos perros alargaban sus lenguas hasta las
galaxias.
¿Y sólo en secreto saben hablar los bosques?

Y la sed enseñaba palabras procaces,
era un recuerdo de savias y frutas,
era un lirio de hielo abierto en todo el cielo.

Y dijo el hombre: aquí junto a mi lecho
perros de sed y fuego saltan a mi garganta...
Pero más allá de las lontananzas
oigo venir la lluvia danzando jubilosa
con violetas y rosas,
la siento venir en distancias de años,
sus pies menudos, finos y saltarines.

Si lloviera en la aldea,
sobre los valles que bostezan secos,
si lloviera sobre las alfombras
del monte,
sobre la noche de rocas amarillas.
Una delgada aguja había,
perdida,
en la profusa sombra,
una agujita de agua.

Y la joven madre cobriza
inclinada y desnuda como hoja de plátano,
prendido de sus senos
tiene un hijo de barro,
otros días los cielos tímidos descendían
a picotear los granos en su palma de greda.

¿Dónde el agua desnuda,
el agua que brilla y canta?

El agua es en la noche como una luz opaca.

Y esa palabra húmeda sonando lejos en el monte.
Ese fresco tambor no se sabe en dónde.

PALABRA

nos rodea la palabra
la oímos
la tocamos
su aroma nos circunda
palabra que decimos
y modelamos con la mano
fina o tosca
y que
forjamos
con el fuego de la sangre
y la suavidad de la piel de nuestras
amadas
palabra omnipresente
con nosotros desde el alba
o aun antes
en el agua oscura del sueño
o en la edad de la que apenas salvamos
retazos de recuerdos
de espantos
de terribles ternuras
que va con nosotros
monólogo mudo
diálogo
la que ofrecemos a nuestros amigos
la que acuñamos
para el amor la queja
la lisonja
moneda de sol
o de plata

en ella nos miramos
para saber quiénes somos
nuestro oficio
y raza
refleja
nuestro yo
nuestra tribu
profundo espejo
y cuando es alegría y angustia
y los vastos cielos y el follaje
y la tierra que canta
entonces ese vuelo de palabras
es la poesía
puede ser la poesía.

LLUVIAS

Ocurre así
la lluvia
comienza un pausado silabeo
en los lindos claros de bosque
donde el sol trisca y va juntando
las lentas sílabas y entonces
suelta la cantinela

así principian esas lluvias inmemoriales
de voz quejumbrosa
que hablan de edades primitivas
y arrullan generaciones
y siguen narrando catástrofes
y glorias
y poderosas germinaciones
cataclismos
diluvios
hundimientos de pueblos y razas
de ciudades
lluvias que vienen del fondo de milenios
con sus insidiosas canciones
su palabra germinal que hechiza y
envuelve
y sus fluidas rejas innumerables
que pueden ser prisiones
o arpas
o liras

se vuelven risueñas y esbeltas
danzan
pueblan la tierra de hojas grandes
lujosas
de flores
y de una alegría menuda y tierna
con palabra húmedas
embaidoras
nos hablan de países maravillosos
y de que los ríos bajan del cielo

olvidamos su treno
y las amamos entonces porque son dóciles
y nos ayudan
y fertilizan la ancha tierra
la tierra negra
y verde
y dorada.

TAMBORES

Suenan los tambores
a lo lejos
con un profundo encanto que nos despierta
nos alerta
o nos embriaga con su son melodioso
suenan profundamente
los tambores
en el día de bronce
en la noche de lentos párpados morados
o en la noche de rocas amarillas
o en la noche de luna rosada y sesga
en que canta el ruiseñor que escuchó Ruth la
moabita
o en la que imita a toda la tribu alada
el pájaro burlón
el arrendajo
melodioso o rechinante como una
cerradura oxidada
suenan casi perdidos los tambores
atravesando valles y valles de silencio
y nadie sabe quién los toca
ni dónde
pero todos los oyen
y comprenden su mensaje
y se llenan de júbilo o se espantan
dónde suenan
quién los toca
manos que se han deshecho
o que están cayendo en polvo

dónde suenan
 en las espesas selvas o en las que fueron selvas
en los desiertos
 suenan en siglos y milenios lejanos
transmitiendo en la tierra hasta muy lejos
la palabra humana
la palabra del hombre y que es el hombre
 la palabra hecha de fatiga y sudor y sangre
y de tierra y lágrimas
y melodiosa saliva

YERBA

Acaricio la yerba
dócil al tacto
 suave
y humilde
 como el sayal
 como el suelo
que lame
 que perfuma
la planta que la pisa.
La yerba
se desliza
 serpea
como diez mil diminutas serpientes
hechicera
 hechizada
susurra
 se adormece
y nos sume en sueño traspasado
mientras que en amplias líneas altas
huye el cielo
como un gran viento azul
 distante.
Pero la yerba
 celosa
 desconfiada
pide la mano acariciante
el calor humano
que la apacigüe
 la quiebre

tenaz
cotidiana
incansable
suavidad insidiosa de la paciencia invencible
no perdona
el desdén
el abandono
que no se escuche su tenue voz que reclama
el cuidado amoroso
el pulso
el movimiento
la humana presencia.

Si abandonada
no oída
su astucia
levanta
sus mil cabezas diminutas
y persigue la planta humana que la deja
borra su huella
tapa los senderos
y ocupa las ciudades
traspasa la montaña
y silba su aguja de crótalo
en las casas sin puerta
en las grandes salas sin ecos
donde resplandecieron
las hermosas mujeres
entre altos espejos
donde sonaron músicas y canciones
y bellos trajes y joyas que fueron
a las fiestas
y llenaron los días de luces
y las noches
de caricias y rosas.

No cae la yerba
no
como las gotas de fuego

que llovieron sobre las ciudades de la planicie:
se arrastra
se desliza
y se quiebran las columnatas
porque ha llegado el reino oscuro y áspero
y el hombre está lejos
o yace bajo la yerba.

Yerba: dulce lecho de cabecera
dócil serpiente melódica
bajo la mano
bajo la caricia
que la aplaca
pero que no perdona el descuido
que ama ser hechizada
como una serpiente
que quisiera danzar y ser aire
femenina
sutil
grata a la mano
muerde el talón que se aleja
y silba su imperio desolado
hasta el límite del horizonte
y cubre huellas
ciudades
años

VERSIONES
(Poetas ingleses contemporáneos)

Las versiones aquí incluidas aparecieron publicadas en la revista *ECO*, de la cual Aurelio Arturo fue miembro del Comité de Dirección, en diciembre de 1974, días después de su muerte, ocurrida el 23 de noviembre. Dichas versiones de poetas ingleses contemporáneos, fueron realizadas el mismo año, a partir de textos incluidos en *British poetry since 1945*, Edited with an Introduction by Edward Lucie Smith, Penguin, Londres 1970.

Barry Cole (1936)
PERSONA DESAPARECIDA

¿Me puede dar una descripción precisa?,
dijo el policía. Sus labios, le repliqué,
eran suaves. ¿Puede sugerirme, dijo, lápiz
en mano, una comparación? Suaves
como una boca abierta. ¿Otras
particularidades? Su pelo caía
pesadamente. ¿De un tinte o color
notable? Puedo recordar
muy poco, pero su aroma
tan peculiar... ¿Qué quiere decir
tan peculiar? Tenía
olor de cabello femenino. ¿En dónde
estaba usted? Más cerca
que de cualquiera en este momento, al nivel
de sus ojos, de su boca. ¿Sus ojos?
¿Qué acerca de sus ojos? Eran dos, dije,
y ambos negros. Se ha establecido, dijo,
que los ojos fuera, del uso común
no pueden ser negros. ¿Está usted implicando
que hubo violencia? Únicamente
el gentil martilleo de los besos, el olor
de su aliento el... Basta, dijo el agente,
incorporándose, lo siento
pero no conocemos
a nadie que responda a esas señas.

Anselm Hollo (1934)
PRIMERA ODA PARA UNA DAMITA

Sin simulada exactitud
tendré que decir
que ella es esférica...
Ella no es,
ella consiste
 en dos esferas

unidas
por no mucha garganta
y seis
 simétricas protuberancias
orejas, brazos piernas—
más una pequeña eminencia
en el centro
 de la esfera más pequeña,
la del tope

Pero esta
 laboriosa
descripción de su figura
se queda corta...
 ¡Ella es redonda!

Es simplemente
redonda, y se mueve
de una manera
no muy diferente
de lo que se dice
rodar
 lentamente...
avanzando

mientras sigue sentada
muy derecha

hacia lo que atrae
su atención —en este momento
la televisión apagada
y allí está ella,
en la pantalla—
a todo
 pero ligeramente
 desvanecido
 color...

Éste es
 sin duda
el mejor
programa del día.
Por cierto,
yo soy treinta años más viejo
y así nuestras relaciones
son engañosamente fáciles

innumerables
complicaciones
se presentarán

Espero
que así sea,
deseo décadas
de tribulaciones
 contigo
 hija mía
lo deseo
 ante las fauces
de nuestros monstruosos días:
que las imágenes
de la pantalla
 de incesante guerra
y destrucción

y desvanecion
se desvanezcan
y se vean sustituidas
por rostros y formas
de otro talante

digno de ti, y de tu
feliz geometría.

Peter Levi (1931)
“PARA HABLAR DEL ALMA”

Para hablar del alma
despierto temprano. No es fácil dormir en verano.
Al amanecer un ojimuerto ruiseñor aún está despierto en
[nosotros.

Lo que se ha hecho y sufrido
con lo que se ha dejado de sufrir
está en el alma.
Oráculos se ofrecen por doquiera. Sus palabras están
[asociadas con bronce.

Temprano en la mañana
se ven mujeres que se apresuran hacia los santuarios;
un ligero toque de sol en los encalados;
un ligero toque de fuego hace arder el aceite.
No me digáis nada.
Éste es el desierto acerca del cual voy a escribir.
El desierto no es una isla: la isla no está encantada: y
el desierto no es un habitáculo para el
hombre.
El pájaro de los ojos quemantes canta más dulcemente.
Un yermo más allá
una pequeña y simple nube. Calor al mediodía. Un
[ligeramente constelado
manuscrito. Calor a medianoche.
Nunca se sabe.
Ser despertado al oír
las voces de aves encantadas
y las voces de aves desencantadas.
¿Cómo es un árbol, cómo es un río, cómo es una montaña,

montaña,

[una nube

sobre el sol?

Mi memoria se ha visto eclipsada
por esa viva luz y por esa luz muriente.

El alma no es más que humana.

El cielo ascendente es tan vasto como el desierto.

Anthony Thawaite (1930)
CARTAS DE SINESIO^[*]

Carta VI

*Encerrados aquí en nuestras casas, como en una
prisión,
estuvimos contra nuestra voluntad; condenados a
guarda
este largo silencio.*

Este otoño sentí el frío en mis huesos cuando
en la fuente de Apolo las ranas empezaron a croar.
Perséфона sin rostro. Por encima del Jebel
el trueno rugía.

La fortuna en todas partes administrando sus dádivas,
dispensando suerte a los bárbaros y los ateos.
Y nosotros en la costa reparando los acueductos
pero nos falló el agua.

Luego llegó el invierno y las calzadas se inundaron,
manteniéndonos encadenados a nuestras inútiles bahías,
acorralados por las tempestades, dejando a nuestro ganado
vagar sin que nadie lo cuidara.

En alguna parte, al este, los administradores nos
[archivaron
bajo una pila de descuidados documentos.
Fuimos olvidados, menos por el hambriento
recolector de impuestos.

El gobernador me envió una invitación de cantos dorados

El gobernador me envió una invitación de cantos dorados
para celebrar el décimo-cuarto aniversario de la
[independencia.

Allí veré al presumido cónsul-general
expresándose en un latín de perros.

Mi cultivadísimo amigo, por favor trate de remitirme
cualquier nuevo libro publicado por los sofistas:
he leído las reseñas en revistas viejas de seis meses
y me siento un provinciano.

“Comerciamos en mortajas: las gentes han cesado de
[morirse”.

La fortuna ha frustrado nuestros deseos de muerte.
Las cifras de la mortalidad infantil se han perdido
por obra de la oficina del censo.

Recuérdeme ahora a mis viejos amigos y colegas.
Discutiendo la Trinidad y la áurea dicción:
piense en que estoy aquí, esperando los fuegos
de los asturianos.

Observe el sitio donde se acucillan detrás de los
acantilados,
ignorando medida, facción y cisma,
destinados por la ingrata fortuna para ser
los auténticos herederos del Reino.

Matthew Mead (1924)
IDENTIDADES

II

¿Te acordarás de mí Tatania
cuando el mapa de esta región esté doblado
cuando ya no veas más la baja torre y las colinas
el puente jorobado y el arroyo a través de los sauces?

Nos detuvimos en la puerta de los besos,
la lanzadera se entrelaza a la noche;
el viento viaja lejos Tatania
y tú debes seguirlo.
¿Cuando remember y septiembre rimen
debo rimarlos para una traducción de café?

Las colinas esperan como siempre la caricia del ojo,
el ansioso pie de la gloria o el destello cálido;
sobre campos sucesivos, rompedores de límites
se elevan a un legado de horizontes:
¿me recordarás Tatania. Mientras me adhiero
a esas marcas y cicatrices
que se desvanecen de tu mente?
Estamos aquí en el final del día,
las colinas esperan,
los campos son un verde mar.
Y más cerca
la luz falla
cambia y se esfuma y nuestros ojos
guardan línea con la rama,
silueta de hoja...

Cuando Lázaro yazca en su larga tumba y las hojas
muertas
tiemblen en su olvidadiza danza,
¿me recordarás Tatania?
¿Volveré como un fantasma a turbar tu alegría?
Tatania. Tatania. ¿Qué recordarás?
Aquí, con tus labios en los míos,
¿quién piensas que soy yo?

Karen Gershon (1923)
EN EL CEMENTERIO JUDÍO

Los muertos judíos yacen
divididos por
el sino de sus familias
aquéllos con sobrevivientes
tienen flores en sus tumbas
los demás tienen yerba

Una, a quien se menciona
en la tumba de su familia
murió en campo de concentración
cuando tenía veinte años
yo la envidié cuando era niña
me siento avergonzada

El hijo único de mi madre
falleció al nacer
también a él lo lamento
todo lo que así se le hubiera evitado
no vale nada comparado
con lo que hubiera podido hacer.

Mis ancestros tendrán
una tumba perpetuamente verde
ningunas flores dividirán
de las de aquellos
que nadie conoce
a todos los deploro.

IMAGEN

Los textos reunidos a continuación, escritos en diferentes épocas, son la selección de las muy escasas notas que sobre la valiosa obra de Aurelio Arturo se escribieran. La de Rafael Maya, Danilo Cruz Vélez y Álvaro Mutis, fueron escritas para la revista *Golpe de Dados*, quien dedicó su número 13 (Vol III), de 1975, a la memoria del maestro.

Las palabras de Hernando Téllez aparecieron en 1964, en el periódico “El Tiempo”, y las de Fernando Charry Lara en *Lecturas Dominicales* del mismo diario, el 8 de diciembre de 1963, año de la primera edición de *Morada al Sur*. La nota de Fernando Arbeláez fue publicada en la revista *Cuadernos*, N.º 84, de 1964, y la de Rogelio Echavarría en *Lecturas Dominicales*, de “El Tiempo”, del 30 de noviembre de 1975.

El ensayo de Eduardo Camacho Guizado apareció en la revista *ECO*, N.º 43, de 1963, y el de Juan Gustavo Cobo Borda fue escrito para prologar la segunda edición de *Morada al Sur*, en Caracas, por Monte Ávila Editores, en 1975.

RAFAEL MAYA

AURELIO ARTURO

Después del año de 1930 apareció, en Bogotá, el periódico *El País*, primer periódico conservador que hizo su aparición a raíz de la caída del partido que, durante cincuenta años, había gobernado a la República. Era su director el doctor Mario Fernández de Soto, senador y político de mucho brío. Ocupaba la redacción Manuel Mosquera Garcés, de asombrosa facilidad como escritor, dialéctico convincente y fabricante de frases que fueron célebres en su tiempo. Se contaban entre sus cronistas Francisco Fandiño Silva, Luis Parra Bolívar, Jorge Cárdenas Núñez y Julio Duarte Cuéllar, quien pereció trágicamente en la Laguna de Fúquene. Todos estaban bajo la dirección de Luis Antonio Medina (el viejo Medina), decano de los cronistas bogotanos. A mí me encargó el doctor Fernández de Soto del Suplemento Literario, que bauticé con el nombre de la *Crónica Literaria*. *El País* funcionaba en la “Casa de los muertos”, frente a la Gran Vía, refugio de muchos contertulios de la *Gruta Simbólica*, y al lado de *Gil Blas*, el periódico más sensacional de Bogotá y cuyo director, Palacio Uribe, aguerrido hasta la temeridad, disparaba su revólver con lamentable frecuencia.

La *Crónica Literaria*, por razones del nombre se convirtió, desde sus orígenes, en órgano de una generación intelectual que aparecía en el horizonte nacional, cargada de promesas. Se trataba de los *piedracielistas*, al frente de los cuales se hallaban Eduardo Carranza, Jorge Rojas y Camacho Ramírez, a quienes seguían Gerardo Valencia, Darío Samper, Vargas Osorio, Rodríguez Páramo y varios otros. Yo acogí con entusiasmo a estos noveles colaboradores que traían algo nuevo, a la lírica colombiana. En cada número de este suplemento se publicaban los versos y las prosas de estos jóvenes innovadores, que lanzaron muchas proclamas y manifiestos explicando su nueva posición estética frente a la tradición intelectual del país.

Sobre muchos de ellos escribí yo notas laudatorias de mucha sinceridad y entusiasmo, como puede comprobarse repasando la colección de ese

suplemento. Contaba, además, con la insuperable colaboración del gran escultor y dibujante Ramón Barba, quien hizo retratos a lápiz de casi todos los integrantes de ese grupo.

Un día se me presentó un joven sonrosado y tímido que dijo llamarse Aurelio Arturo, y venía de un pueblecito de Nariño. Muy parco en su conversación, casi monosilábico y dotado de una sonrisa entre ingenua y maliciosa, que me llamó la atención desde el primer momento. Terminó por alargarme unos versos a fin de que yo los publicara, si era posible, en la *Crónica Literaria*. No los leí inmediatamente, sino que le dije a Aurelio Arturo que me los dejara para enterarme de ellos más detenidamente. Se marchó, prometiéndome volver, a mi oficina, muy pronto.

En un momento de descanso saqué del bolsillo los poemas y me puse a leerlos con pausa y curiosidad. Confieso que el personaje me había llamado la atención desde que le tendí la mano. Leí, pues, los poemas y quedé un poco perplejo. Aquello no se parecía a nada de cuanto se había escrito en Colombia hasta entonces, en el orden de la poesía. Como los versos eran relativamente abundantes, como para formarse un juicio más o menos exacto acerca del poeta, yo escribí una nota sobre Aurelio Arturo y le encargué un retrato a Ramón Barba. Algunas semanas después tuvo Arturo la sorpresa de ver publicados sus versos en la *Crónica Literaria*, con nota crítica del Director y dibujo de uno de los artistas más renombrados de esos días. Así comenzó su carrera literaria.

Todos estos versos, y algunos posteriores, forman parte del único volumen de poesías que publicó en vida: *Morada al Sur*, libro que fue galardonado con el premio “Guillermo Valencia”. Yo formaba parte del jurado y mi voto y mi decisión fueron definitivos para el otorgamiento de ese galardón. No publicó más versos en su vida. Ocupó algunos cargos de importancia en el Ramo Judicial y últimamente era abogado del Ministerio de la Defensa Nacional. Por esos corredores lo vi varias veces. Había envejecido prematuramente. Hace un año más o menos lo saludé por última vez en la Embajada de Venezuela. Estaba en un rincón, del cual no se movió durante toda la fiesta, sin haber aceptado ninguna clase de licor. Yo me le acerqué muy comedidamente y lo encontré monosilábico, como treinta años antes, y con la misma sonrisa desconcertante de entonces. Al poco rato desapareció. No volví a saber de él sino por la noticia de su muerte. Recordarlo ahora es como recobrar algo de mi fe en las promesas intelectuales de aquella época. Sus versos y mi juventud se enlazan naturalmente, como el olmo y la vid en los poemas virgilianos.

Delante de los poemas de Aurelio Arturo me he planteado un problema que es, desde luego, muy personal: estos poemas, que son como balbuceos líricos y que tienen cierta índole embrionaria de algo que no alcanzó su completo desarrollo, ¿son así por incapacidad del autor para darnos su pensamiento realizado, o por el contrario, constituyen una obra plena, fruto de una entera voluntad estética, dentro de esa aparente vaguedad e indecisión? Como Arturo no reveló nunca el secreto de su labor interior, ni al margen de sus versos nos dejó la historia íntima de su fatiga creadora, tenemos que apelar a meras conjeturas. Yo creo que Arturo había logrado una forma que correspondía perfectamente a su ideal lírico. No podía dar más. Sus versos tienen, precisamente, el encanto del balbuceo. Está a mil leguas de lo parnasiano y conceptual.

También se halla muy distante del simbolismo poético. Es profundamente diferente no porque asocie unas imágenes a otras, pues en la poesía de Arturo la imaginación, propiamente dicha, casi no juega papel alguno, sino porque sabe evocar estados de alma que surgen naturalmente al golpe de un verso misterioso, de una palabra inusitada, de un ritmo imprevisto. Es poesía que se siente, como se siente el rumor de la yerba sacudida por el rocío, el hálito de la noche plateada en el campanario o la emanación de los pinos que respiran bajo las estrellas. La poesía de Arturo es un sonambulismo luminoso. De vez en cuando un golpe realista —los potros, las canoas, los árboles—, nos traen a la realidad. De resto, seguimos sumergidos en la bruma musical que envuelve rostros de mujeres apenas diseñadas, litorales situados en un Sur indefinido, patrias soñadas, donde sería hermoso vivir, y amigos ya muertos que sonríen, no obstante, en la distancia, detrás de árboles que no pertenecen a ninguna zona de la tierra. Tal es, para mí, la poesía de Aurelio Arturo, tan parecida a él en la esquivez expresiva y en la intimidad reveladora de algunos rasgos profundamente humanos.

HERNANDO TELLEZ

LA POESÍA DE AURELIO ARTURO

Me parece que un premio literario no agrega ni quita nada a un verdadero poeta. No mejora ni desmejora en nada a uno falso. Lo que uno u otro sean, eso son, como dijo a propósito de las alabanzas y vituperios para el hombre un autor famoso, poco leído y muy citado. Que al poeta colombiano' Aurelio Arturo se le haya concedido un premio por su poesía, está bien, porque se trata de un poeta verdadero cuya breve obra, trabajada silenciosa y discretamente durante más de 30 años, aparece al cabo de ese largo tiempo de maduración y reajuste como una de las más finas, decantadas y puras con que pueda contar la historia de la poesía colombiana.

Enmarcar la poesía de Arturo dentro de los términos temporales de una generación, o de un grupo, es una tontería crítica y apenas una comodidad cronológica. Su poesía no pertenece sino como una fecha a un tiempo determinado, pero su voz no está señalada o estigmatizada por los tics que facilitan la identificación con una tendencia específica, con una moda conocida, con una influencia tiránica y fácilmente perceptible. Es claro que allí se respira la atmósfera que desde hace medio siglo instalan en el ámbito universal de la poesía los supremos sacerdotes de ella misma. Seguramente a todas esas grandes voces algo debe este poeta recóndito y diáfano, misterioso y simple, pero sin que esa deuda pese como un fardo sobre sus palabras. Si esas influencias existen, como deben existir sin duda alguna en su poesía, lo cierto es que están incorporadas biológicamente a su experiencia poética, forman parte consustancial de ella y por lo mismo no aparecen como tales sino como ingrediente natural de su propia creación, de su propia manera, de su propia personalidad.

No son muy numerosos en América casos como éste. Raro es lo inconfundible de una voz poética en las literaturas de esa parte del mundo, pues a la mayoría se le adivina y transparenta el modelo, el patrón genial de donde derivan sus acentos. Por un Neruda, un St. -John Perse, un Lorca, un

Eliot, miles de epígonos surgen para repetir gentilmente, admirablemente casi siempre, la actitud, el propósito, el descubrimiento metafórico, el repertorio verbal. Hay excepciones, claro está. Pero lo notorio es que de un extremo al otro del continente, la poesía reitera la elaboración de una materia prima conocida para obtener productos más o menos similares de una perfección técnica indudable, a veces de una gran belleza, pero siempre condicionados al modelo, siempre hijos menores de él y, por consiguiente, sin autonomía real.

En Aurelio Arturo esas grandes influencias deben encontrarse como dato, como presencia invisible, como bagaje intelectual, como estímulo para su sensibilidad y acicate para sus intuiciones, pues no hay Adanes en el Paraíso del Arte. Pero su poesía le es suya de manera inconfundible. Hay en ella una actitud, una opción ante las cosas, ante el mundo, ante los seres, que la sitúa en un plano diferente y personal. No es fácil poder explicar esto, puesto que en ello consiste precisamente el misterio de toda verdadera poesía. Si dijéramos que con esta poesía entramos a un ámbito verbal en el cual las palabras recuperan, otra vez, una fracción del universo donde los sentimientos de la criatura humana, sus desvelos y sus sueños, y también los elementos del mundo exterior aparecen tocados por la gracia de la belleza, algo acaso de la significación de esta poesía estaríamos denunciando. Pero es inútil. Ninguna verdadera poesía es explicable.

En la de este poeta persiste como nota reiterativa, una frescura de bosque, de agua secreta y escondida, de viento otoñal oloroso a finas maderas, y una como clara atmósfera de alucinación por donde pasan los seres y se transfiguran los paisajes y los objetos. Un cierto desasimiento metafísico, una melancolía casi púdica, pero irrevocable, constituyen la atmósfera moral de esta poesía. El poeta parece herido para siempre en la víscera cordial. Y su visión del mundo surge así toda envuelta en una frágil niebla de grises disminuidos que esfuma y subraya al mismo tiempo los perfiles de las cosas. La palabra, escogida, meditada, oída en su música esencial, calculada como mensajera de la emoción, de la intuición o de la idea, se presenta también aquí, como en toda auténtica poesía, investida con el poder siempre extraño, siempre nuevo y milagroso, para crear la belleza poética. No es poco. Mejor dicho es exactamente lo que se requiere para producir el resultado de un poeta verdadero. Tal es el caso de este poeta colombiano, cuya fama, como es apenas obvio, no tiene ningún carácter popular, sino restringido a un puñado de fervorosos admiradores... Tal vez la distinción de que ha sido objeto su obra, amplíe el conocimiento de ella, aun cuando eso no sea necesario para su validez evidente, sino para beneficio y goce de quienes aún la desconocen.

DANILO CRUZ VELEZ

AURELIO ARTURO EN SU PARAÍSO

“Los versos —decía Mallarmé— no se hacen con ideas, se hacen con palabras”. Está bien recordar que el poema es una obra del lenguaje, hecha ante todo de palabras, pero sin olvidar que el lenguaje poético no está compuesto exclusivamente de ciertas estructuras sintácticas especiales, y de sonido y ritmo, sino también de sentido, el cual lo mantiene unido a la realidad extralingüística de manera peculiar. Con estos materiales construye el poeta sus artificios de palabras, que superpone, como su propia morada, al mundo de la experiencia natural.

La concepción de la poesía como esa morada en que se instala el hombre como poeta, determina en gran medida el quehacer poético de Aurelio Arturo. En 1963 reunió su obra en un libro, el único suyo publicado, que lleva por título *Morada al Sur*, el mismo del poema con que comienza el volumen. Pero él no adoptó este nombre caprichosamente, sino que la colección se lo exigía, pues constituía claramente un ciclo poético, en el cual, exceptuando cuatro poemas (*Interludio*, *Qué noche de hojas suaves*, *Canción de la distancia* y *Madrigales*), todos los demás gravitaban en torno a un punto central. Este punto de gravitación poética era la “morada al sur”. ¿Qué es el sur allí? ¿Cómo se construye esa morada? ¿Cómo se distribuyen en ella los materiales con que se construye?

El Sur es el país de la infancia, la adolescencia y la primera juventud del poeta. Éste, en medio de una realidad prosaica, lejos de ese ámbito primero de su existencia, lo revive como un paraíso perdido, desde el fondo del cual una voz lo invita a recobrarlo: “Torna, torna a esta tierra donde es dulce la vida” (*Morada al Sur*, IV).

Esta voz, que pone en marcha su actividad poética, la escucha el poeta en la gran ciudad, donde vive como un desterrado. El Sur tiene, pues, entonces sólo una realidad en el recuerdo. En el proceso de la poetización esa realidad mnémica comienza por sufrir una metamorfosis: se convierte en un paraíso

vivido en el pasado, que se configura mediante la articulación de estructuras sintácticas poéticas, sonidos, ritmo y sentido.

La distribución de estos materiales está determinada por la vivencia de paraíso, a la cual hay que darle figura poética en la poetización. Por ello tiene el carácter de una reducción, porque, después del recorte de lo vivido que lleva a cabo la memoria, la cual retiene exclusivamente lo que le interesa, la transformación de lo retenido en un paraíso exige una segunda abreviatura. El poeta deja pasar únicamente los materiales favorables a la metamorfosis. Estos materiales son los conocidos ingredientes que constituyen la base de lo paradisiaco en la rica tradición literaria sobre este tema: un río, un prado, un bosque, un árbol, una casa, una montaña, compañeros de juego y de trabajo, unas palomas, la noche, las estrellas, etc., elementos que aparecen como desnudos y sin propiedades, formando un mundo en el que no pasa nada y en torno al cual parece que se hubiera detenido el tiempo. Pues bien, la expresión de este mundo en la dimensión de la palabra, exige un lenguaje en el cual el sentido es lo menos importante. Lo más importante allí es el estrato musical del lenguaje, sintagma poético, melodía y ritmo— mientras que el estrato semántico pasa a segundo plano, hasta tal punto que a veces parece que los significados se usaran apenas como apoyaturas de los valores melódicos y rítmicos.

Gracias a semejante distribución de los materiales con que se construye el poema, la figura que nos ofrece el Sur en él es la de una morada de música, aislada y protegida de las múltiples relaciones en que está trabado el hombre con el mundo en la primera edad de su vida. La “morada al sur” es allí “un murmullo lánguido” (*Remota luz*), “un rumor hondo, un fluir sin fin, un árbol suave” (*Canción de la noche callada*), una “tierra protegida por un ala perpetua de palomas” (*Morada al Sur*, IV), cuyo centro es una casa “circuida de un vuelo de pájaros” (ib. II), con un “bosque extasiado que existe sólo para el oído” (ib.). Y recorriendo este mundo, donde lo único que sucede es este fluir, rumorear, murmurar, susurrar, aletear y revoletar, palabras todas que quieren suscitar la vivencia de lo melódico y rítmico, va siempre el viento, “un viento fiel” (*Nodriza*), como el personaje central de este suceder, el cual —“un viento lento” (ib.)— es el símbolo máximo del ritmo. Al final del poema *Morada al Sur*, el poeta nos ofrece una autointerpretación que vale para todo el libro:

“He escrito un viento, un soplo vivo
del viento entre fragancias, entre hierbas

mágicas; he narrado el viento; sólo un poco de viento”.

* * *

La poesía se hace con palabras, no con ideas. Su fuente primaria es la experiencia que hace el hombre con el mundo circundante, con los otros y consigo mismo. Pero la poesía se independiza de esa fuente, para venir a reposar en su propio elemento, que son las palabras. Sin embargo, sigue referida de modo peculiar a la realidad extralingüística a que alude la experiencia. No designándola y viviendo de ese designarla, como les ocurre al símbolo y a la señal, ni copiándola o imitándola, sino ofreciéndole al hombre sus artificios para que se pueda orientar en ella. Aquí tropezamos con una relación semejante a la que hay entre las cosas y la luz. La luz es autosuficiente, pero es la dimensión que hace posible la visibilidad de las cosas.

En efecto, el mundo en que vivimos se constituye en el lenguaje corriente. La nominación es ya una primera ordenación de lo real. La filosofía y la ciencia ordenan después las innumerables relaciones que constituyen la filigrana de las cosas. Ésta es la etapa de la conceptualización. Pero esta tropieza siempre con un muro frente al cual el concepto se rompe. La palabra poética es un grado superior en este proceso. La poesía no es nominación ni ordenación, sino figuración. Lo que no puede ser apresado conceptualmente, la poesía lo saca a la luz en forma de figura que construye con palabras, utilizándolas no sólo como contenidos significativos lógicos, sino simultáneamente como materiales melódicos, rítmicos y semánticos. A esta esfera pertenecen: la secreta belleza de las cosas, lo inasible por otros medios del ser en el mundo de los mortales, enlazados entre sí en relaciones de lucha, amor y odio, sabiendo que van a morir, hechos de tiempo y haciéndose en el tiempo mediante el lenguaje y la libertad y a golpes del azar y del destino.

* * *

En el arte de atenuar el estrato semántico del poema, para destacar su estrato musical, Aurelio Arturo llegó a la perfección, pero a costa de todo lo demás que es la poesía. Él iba por nuestras letras como un Caballero del Desdén y de la Renunciación, instalado en su paraíso de música, rechazando como material poético las experiencias que le ofrecía la vida, su tiempo y su mundo.

Pero en los últimos años de su vida, el autor de *Morada al Sur* ya había roto el círculo mágico que había quedado encantado desde su primera juventud. De la producción de este nuevo período, que no sabemos cuándo comenzó, conocemos sólo tres poemas, que publicó *Golpe de dados* en 1973, a saber: *Palabra*, *Lluvias* y *Tambores*. Después de su obra anterior, que es la de un pequeño gran poeta, dichos poemas nos revelan la “manera grande” de su arte. Pero nos atormenta la sospecha de que no eran sino una muestra de algo nuevo que comenzaba a alborear. Si la publicación de su legado póstumo confirma nuestra sospecha, con la muerte de Aurelio Arturo el año pasado se hunde por segunda vez en la sombra la promesa de un poeta colombiano de significación universal. La primera vez fue en 1896, año en el que muere Silva.

ÁLVARO MUTIS

MI VERDADERO ENCUENTRO CON AURELIO ARTURO

No recuerdo quién nos presentó. Tal vez fue Carlos Villar Borda o quizá Fernando Charry Lara. Recuerdo, sí, muy bien, la vez siguiente en que nos vimos. Me fue a saludar a mi oficina en el edificio en donde entonces estaba “El Espectador”. Y recuerdo también que, de nuevo, tornó a inquietar mi curiosidad su aspecto y sus maneras. No tenía Aurelio ninguno de los signos convencionales que en nuestra juventud admiramos como propios del poeta. Ni el engallado y envolvente entusiasmo de Carranza, ni el halo de silencio y distancia de Maya, ni la elegante bohemia de Ángel Montoya, ni, desde luego, el vikingo y picante colorido de León de Greiff, para referirme a los que solíamos ir a ver en las mesas del Café Asturias o del Molino y a quienes contemplábamos a distancia alelada mientras terminábamos la modesta cerveza o el ya abolido ¡helas!, sorbete de curuba. Recuerdo que el aspecto exterior de Aurelio y cierta reticencia de su trato personal me inhibieron para hablarle de literatura. Su corbatín, siempre en el clásico estampado “pays-ley”, sus trajes escogidos con cierta intención en donde la fantasía se hallaba gravemente encauzada por un vago dandysmo del Harvard de los años veinte, su hablar apagado, casi monótono si no hubiera estado siempre al servicio de una como desdibujada ironía, su saber de las letras escanciado siempre con el dosificado entusiasmo de quien regresa de una experiencia con el escepticismo de los lúcidos, hicieron de mi trato con Aurelio una de las experiencias más gratificantes, tonificantes y exigentes de mis años de aprendizaje en las letras y en la vida.

Nos veíamos con mucha frecuencia. Rota cierta prudente defensa que Aurelio sabía imponer a nuestros fervores literarios, tan efímeros a menudo, solíamos hablar larga y calurosamente de nuestras aficiones ya probadas por el tiempo y la relectura. Sana costumbre ésta que le debo precisamente a Aurelio. Sería tan larga la lista de los autores y libros que tienen para mí todavía, y tendrán siempre, el prestigio de haber sido indicados por Aurelio o

haber corroborado con él mi entusiasmo. No solamente Eliot, Pound, Cecil Day Lewis o Hart Crane, sino también el Dickens de *Barnaby Rudge* —aún escucho su risa gozadora cuando recordábamos al cuervo aquel que soltaba impertinencias desde el hombro del personaje principal de tan deliciosa obra — y de *Great Expectations*; Norman Douglas, los Garnett, Lytton Strachey y algunos otros miembros del grupo de Bloomsbury, León Paul Fargue y, obviamente, Milocz; las novelas policíacas de Dashiell Hammet, en fin, la lista se haría un tanto larga y demasiado personal por nostálgica y entrañable.

Mi exilio en México suspendió nuestros encuentros más no, desde luego, la amistad y cariño ya para entonces hartos firmes. No hubo día en que no lo recordara en las páginas de un libro, en un rincón de Nueva Inglaterra, en ciertas tardes de lluvia cuando volvía a sus poemas como una manera de estar más cerca suyo, de dialogar de nuevo con quien fuera uno de mis mejores amigos de una Colombia, entonces lejana e imposible. Y aquí viene a cuento algo que me sucediera con la poesía de Aurelio Arturo y que quiero evocar ahora que ya no está con nosotros, a manera de homenaje al poeta y al amigo.

Yo había leído *Morada al Sur* y otros poemas, antes de conocerlo. Esa poesía me atrajo poderosamente por su ámbito de nostalgia y al mismo tiempo su rigor y transparencia; pero nunca fue, durante los años de nuestra amistad, la que más retuviera mi entusiasmo. Jamás hablé con él de sus poemas. No se prestaba a ello y evadía la menor alusión al asunto. En el exilio lo leía por un acto de afecto y una necesidad de diálogo, apreciaba de nuevo su condición marginal y su espléndida calidad, pero volvía de nuevo a mis poetas habituales extrañando a Aurelio y dejando su poesía en una penumbra de semi-olvido.

En uno de esos veranos que se instalan sobre México como un propósito deliberado de esta tierra de dioses sangrientos, de dar una lección a los hombres ajenos que la habitan ahora, resolví pasar un fin de semana en Tepoztlán al abrigo de los altos y frescos acantilados que la encierran misteriosamente. Llevé algunos libros de posible lectura. Entre ellos, vaya yo a saber debido a qué misteriosa señal secreta de mi inconsciente, estaba la edición de *Morada al Sur* hecha por el Ministerio de Educación de Colombia: en Tepoztlán me sumergí en la delicia de ese ámbito de leve brisa que recorre como un pájaro ciego los altos farallones en donde pueden verse aún rastros de los Toltecas y hasta una pirámide que se levanta en un lugar de imposible alcance, lo que suma aún más misterio al que su forma y su propósito ceremonial despiertan. La lectura se me hacía premiosa, difícil, esquiva. Ningún libro logró ganar mi curiosidad y alejarme del lugar que acaparaba

toda la atención de mis sentidos y mi divagar sin pausa ni sosiego. Una tarde abrí el libro de Aurelio Arturo y empecé a leer sus poemas. Por una red de circunstancias que me niego a examinar, en ese instante las palabras de cada poema empezaron a decirme la plena y secreta hermosura de su designio, a mostrarme los más escondidos caminos que el poeta se propusiera recorrer en ese afán ciego y sin esperanza de crear para el hombre otros mundos y otros sueños que casi nunca merece. No recuerdo cuántas veces leí el breve libro. Lo que sí recuerdo muy bien es que durante un largo tiempo me fue imposible volver a ninguna otra poesía. Los poemas de Aurelio me acompañaban tan totalmente que no había cabida en mí para otras voces que no fuera la suya, para otra nostalgia sin salida que no fuera la de esas tierras del sur y esa infancia dichosa evocadas por él. Esta deslumbrada invasión de la poesía no me había ocurrido nunca antes ni creo que me ocurra ya jamás. Es un milagro que no puede repetirse.

Regresé a Colombia. Torné a ver a Aurelio en mis esporádicas visitas a Bogotá. Hablamos de nuevo de nuestros asuntos, que nos habían esperado, intactos, durante diez años y nunca encontré palabras para contarle lo que me había sucedido con sus poemas. Siempre me proponía hacerlo en una ocasión más propicia y siempre había algo en él que me lo impedía. Ahora lo hago en la apresurada torpeza de estos recuerdos. Algo me dice que así ha sido mejor, que así lo hubiera querido el amigo y el poeta cuya ausencia empobrece mi vida para siempre.

FERNANDO CHARRY LARA

AURELIO ARTURO

El interés con que, durante largos años, se había venido esperando la publicación de un libro de Aurelio Arturo, ha sido por fin satisfecho con *Morada al Sur*, que recoge, aparte del poema que da el título al volumen, otras muestras de la breve pero intensa obra de este poeta, considerada por muchos, a pesar de su lentitud y de sus silencios —o gracias a ella y a ellos— como una de las más valederas en el proceso de nuestra lírica.

El nombre de Aurelio Arturo, casi desconocido del público, ha gozado sin embargo del mejor prestigio entre los grupos literarios del país, desde hace más de treinta años, cuando llegó a la capital de su lejana comarca del sur de Colombia, alucinante y mágica entre las hojas de sus poemas. El acento de su poesía se admiró desde el primer momento por la rara combinación que logra de misterioso entresueño y melodía secreta. Se le escuchaba, desde entonces, aparte. Esto quiere decir que se le reconocía en su soledad, en su atmósfera encantada, en su emoción intransferible. Pero aún añade algo: se confirmaba entre diversas calidades no comunes, la de ser una de las más originales voces de nuestra poesía.

¿Cómo podría entenderse esta originalidad de la poesía de Aurelio Arturo? A pesar de ser acaso el rasgo más atendible en su obra, es poco o nada lo que de ella ha pretendido dilucidar la crítica sobre nuestros poetas. En su habla confluyen los ríos, los bosques, el rumor que imprecisamente va dejando la vida con sus relámpagos y sus sombras, con sus días y sus noches. ¿Es este un no saber que pertenece a la naturaleza o a sí mismo lo que engendra tal sugestión oculta? En estos poemas no se presentan graves lamentos, ni arrebatos, ni furias, ni hondas melancolías, ni se precisa de las palabras o de los ritmos esbeltos. Su intención no se diría residir en la complejidad de las sensaciones. Ni el empeño por objetivar, tumultuosamente, el desorden de la experiencia interior. La belleza no quisiera tampoco aparecérsese, con la fórmula baudeleriana, resultado del

entendimiento y el cálculo, porque una como indolencia contribuye, lánguida, al hechizo de esta incertidumbre, a que se acaba de hacer mención, en determinar el límite entre lo exterior y lo subjetivo.

No es el suyo, además, un lenguaje que se caracterice por el empleo de formas inusitadas o imágenes deslumbrantes. La sobriedad, una desierta vigilia iluminada, establecen ese lunar territorio por el que vaga, en desvelo o en embriaguez, la palabra poética. Aparentemente ella rechaza los recursos técnicos, o por lo menos aquellos enteramente reconocibles, y es por lo tanto más extraña y poderosa la fuerza de su gracia. Pero es una poesía intencionalmente melodiosa, a través de la cual se establece contacto con cielo y tierra, de vocablos que se deslizan por entre nubes y ramajes con reiterada música, música que aguas o vientos o árboles repiten y prolongan, de ritmo lento, a veces entrecortado, a veces casi silencioso como el del hombre que por un momento olvida lo circundante y habla consigo mismo. La naturaleza es una sola con su poesía. ¿No residirá este secreto en la intimidad que establece entre la palabra y los objetos, entre la palabra y su propia intimidad, y a través de la cual el lector descubre o confirma lo auténtico de su lirismo?

La publicación de los primeros poemas de Aurelio Arturo, en revistas y suplementos dominicales, hacia 1931, implicaba en buena medida una reacción contra algunos aspectos de la poesía colombiana de ese momento, en la cual no se acallaban aún los ecos de la influencia modernista. Se había dado antes, es cierto, un paso interesante hacia el vanguardismo en los poemas de Luis Vidales, pero no como para que pudiesen ellos tomarse como punto de partida, entre nosotros, de un concepto diferente de la poesía, quizá por su escasa difusión o porque las gentes no se hallaban preparadas par un cambio tal de sus maneras literarias. Los excelentes poemas de Aurelio Arturo que por entonces se dan a conocer, como “Canción de la noche callada”, “Clima”, “Rapsodia de Saulo” y otros no incluidos ahora en el presente volumen, como “Vinieron mis hermanos” y “Canción de amor y soledad”, que podemos leer en colecciones de prensa, son también un avance definitivo, pero fuera de los “ismos”, hacia una nueva poesía. Poco tiempo después, en 1936, cuando irrumpe el movimiento de “Piedra y Cielo” con resonancia nacional, el público comienza a enterarse de una mutación de todos modos fértil e inaplazable, que se imponía a su sensibilidad poética.

La poesía de Aurelio Arturo surge, así, unos años más tarde que la del grupo de “Los Nuevos” y es breve tiempo anterior a “Piedra y Cielo”. Indispensable parece esta ubicación cronológica para conocer lo que, en un

primer momento, sería en ella su orientación, su aspiración, su espíritu. Es claro, desde luego, su alejamiento de las formas que pudiese tomarse como derivaciones, si acaso las hubo, de los poetas de “Los Nuevos”. Mas es asimismo evidente su distancia del estilo generacional, los temas y el lenguaje que, salvo matices tan diversos y personales como los de Eduardo Carranza, presenta “Piedra y Cielo”. Lo anterior no implica, sin embargo, que algunos poemas de Aurelio Arturo correspondan a un gusto hoy ya remoto, cuando, por el contrario, hemos visto crecer hacia ellos la estimación de los jóvenes en el transcurso de los últimos años y hemos advertido cómo se comprende su lección, sin que a veces se copien siquiera sus procedimientos, sino, en lo que de más aprovechable tiene el ejemplo de esta poesía, atendiendo, de preferencia, a su riqueza de intuiciones líricas.

No presentan sus poemas ese encadenamiento de imágenes sucesivas que ha sido nota frecuente en muchos poetas de nuestra época. Su actitud ante la metáfora es de reserva: no la imagen por sí misma, creadora de mundos poéticos propios, creadora de toda posible poesía, como dio en concebirla en obras de tan innegable validez como las del mejor surrealismo o la de Vicente Huidobro, pero cuyo ejemplo, seguido por otros, se agota a veces en medio de una acrobacia falaz, hasta caer decididamente en lo no significativo. El sortilegio lírico lo entiende mejor la poesía de Aurelio Arturo en una especial melodía del lenguaje. La palabra tiene en sus versos, ante todo, un valor melodioso que se relaciona estrechamente con la expresión de lo inexpresable, es decir, que busca con eficacia la comunicación de un estado poético. La palabra no se entiende aquí por su solo sentido, ni por su plasticidad, sino por su naturaleza evocativa, por su capacidad sugeridora, por su carga emocional. A ello, en sus mejores momentos, contribuye una cadencia que viene a ser casi no de sonido, por secreta, por silenciosa, sino de íntimo y callado soliloquio.

Si se cuenta en Colombia, en los años posteriores a los de “Piedra y Cielo”, con una obra poética que haya despertado verdaderamente la admiración de la juventud, esa obra es la de Aurelio Arturo. Es aún más significativo este hecho si se considera que sus versos no habían sido siquiera reunidos en libro, siendo por lo tanto bien fragmentario el conocimiento de ellos. A lo cual se agrega que su producción surgía, por lo menos aparentemente, al margen de la actividad de nuestras publicaciones literarias. A sostener este entusiasmo, a fomentarlo, contribuyó la aparición, en 1942, en la extinguida *Revista de la Universidad Nacional*, de su poema *Morada al Sur*, que no debe dudarse en calificarlo como a una de las más hermosas y

delirantes manifestaciones de la poesía colombiana. Una entrañable voz americana, una voz llena de sueños humanos, una voz alerta a nuestro paisaje y a nuestras cosas, no deja de escucharse, turbadora dentro de su ardiente sencillez, en la lectura de esta obra. Alguien ha pensado que la poesía, “única prueba concreta de la existencia del hombre”, puede ser apta para cultivarse, pero que, en primer término, es un principio espontáneo de ese vivir, de ese existir.

En raras ocasiones llega el conocimiento de una obra poética no sólo a producir el asombro sino, más aún, a mover el ejercicio de una vocación. De mí quiero afirmar que, cuando la pasión inicial por la poesía se dispersaba entre varias direcciones no coincidentes con aquello que, más tarde, ha logrado en parte expresarla, pude reconocer en los poemas de Aurelio Arturo una orientación hacia nuevas posibilidades de concebir lo lírico. Han pasado los años. Sigue maravillándonos cuanto existe de gravedad, embeleso y transparencia en esos poemas. Su creación ayudó a hacernos comprender que lo mágico es sólo la consecuencia de un profundizar en la realidad, horadándola: de ahí el amor de su poesía por lo real y lo concreto. Un sol, que es el sol de una tarde de Colombia, dora lentamente el lenguaje y en palabras acerca horizontes, tibios cuerpos de mujeres, lejanías. La trasmutación de una densidad nacional en imagen constituye vivo aliento de esta poesía que, como él mismo la ha definido, “es un país que sueña”.

FERNANDO ARBELÁEZ

AURELIO ARTURO: MORADA AL SUR

Éste es el título de un poema que, quizás un poco tímidamente, los escritores colombianos más jóvenes han celebrado como la obra más intensa y más viva de nuestra poesía en los últimos años. Aurelio Arturo ha dado el título de este poema a la colección que acaba de publicar en las “Ediciones del Ministerio de Educación” (Bogotá, 1963), en la cual recogió el fruto de su trabajo poético felizmente inconcluso, llevado a cabo al anverso de una existencia de juez, de abogado, de funcionario público. A pesar de su corta extensión, este libro es un valioso testimonio de un arte discreto, lejos de toda publicidad y acendrado tenazmente por una vocación sin eclipses. La edad de Aurelio Arturo sobrepasa en algunos años el medio siglo, y su nombre apareció unido al grupo de “Piedra y Cielo” que entre 1940 y 1950 llevó a cabo en Colombia un resonante movimiento de renovación literaria y poética, el cual estuvo enmarcado bajo las influencias de la mejor poesía hispánica de principios de este siglo. Sin embargo, las tendencias y la inspiración de su obra no podríamos encontrarlas directamente unidas a los ideales de este grupo. Su caso es aislado; sus influencias tienen, la mayoría de las veces, origen anglosajón, y dentro de nuestra historia, su obra se articula, bajo algunos aspectos, con la poesía de otro poeta colombiano un tanto desconocido y solitario: Porfirio Barba-Jacob.

La poesía de Aurelio Arturo —la más afortunada y perfecta— está compenetrada por el paisaje y se nutre en los recuerdos de una niñez gozosa. Sus evocaciones infantiles, que a veces nos llevan a soñar en el Saint-John Perse de *Eloges*, logran sus dibujos más eficaces cuando su arte las convierte en una resonancia de la tierra; cuando desde el regazo de la nodriza hace fluir toda la luz del mundo desde lo alto de una naranja, cuando nos lleva hasta escuchar esa voz “que me es brisa constante, suavemente en el sur”; Cuando nos prolonga en las palabras ese viento “que en el fondo de la noche pulsa violas, arpas, laúdes y lluvias sempiternas”. El paisaje, no como elemento

decorativo, sino sustancia de poesía, transmutado en el verbo, extraterritorial, materia misma de las palabras. Y los recuerdos de la infancia como armadura de este paisaje y como inevitable experiencia de la vida.

*“En las noches mestizas que subían de la hierba,
jóvenes caballos, sombras curvas, brillantes,
estremecían la tierra con su casco de bronce.
Después, de entre grandes hojas, salía lento el mundo”.*

Y es un mundo lento, hecho de hojas, de lluvias, de aves, de caballos, pleno de vigor material y delicado, el que se nos entrega; un mundo de luchadores en el río y de árboles resonantes, cuya magia está en el poema por el permanente ejercicio de auscultar la tierra; por la revelación de una experiencia cuya autenticidad parece ineludible y cuya intención nos lleva a cargar de sentido las cosas que nos rodean, a enriquecerlas.

En este primer libro de Aurelio Arturo encontramos las iniciales de una ontología lírica del paisaje americano con el descubrimiento de una realidad que se instala en nosotros por la fuerza de su propio significado y que de repente nos revela, bajo las especies y la gloria de la palabra, algo que estábamos tan acostumbrados a ver como esa hoja, “pequeña mancha verde de lozanía y de fuerza”, que resplandece sobre un mundo “en donde el verde es de todos los colores”.

De repente, una realidad por arte de la poesía: la realidad de una América rumorosa, nemorosa, con árboles tensos por la savia de una música que siempre recomienza. Un mundo aleteante que va haciéndose nuestro por el ejercicio y la intimidad de la palabra, completamente alejado de ese mundo duro de la selva, preñado de seres crueles, de madremones, de patasolas, de monstruos que en la noche nos acechan y ante cuyas sordas potencias es necesario quemar las hierbas mágicas de nuestros brujos para hacerlos propicios. Hemos estado tan lejanos del paisaje americano que aún no logramos crear seres benéficos que lo habiten como en otros lugares del mundo las hadas, los gnomos, los genios bondadosos. Nuestro paisaje ha sido selvático siempre y destructor, y aun en la literatura ha sido enfermizo y malsano. Pero la poesía ha llegado para establecer ese puente entre nosotros y las cosas, y para hacernos distinguir las “hierbas balsámicas”, las “guirnalda cuidadosas”, los “alientos saludables”.

Al lado de esto encontramos un poeta cabalmente concertado, maduro, en pleno uso de un lenguaje. Su destreza verbal nos hace el don de este paisaje inédito por medio de imágenes concretas y cautivantes; por medio de muy sutiles ritmos y de muy delicadas melodías que nos reconfortan, al enseñarnos que el idioma no ha perdido su artesanía creadora.

Paisaje, experiencia, sobriedad y maestría. He aquí cuatro elementos básicos en la obra de Aurelio Arturo. Agregado a esto, la discreción de quien no ha perseguido otra cosa que la lucidez en la búsqueda de sus más puros dones expresivos.

ROGELIO ECHAVARRÍA

EL AURELIO ARTURO QUE YO CONOCÍ

Aurelio Arturo era un hombre lejano y silencioso. Aun para sus más allegados. Y por lo tanto de pocos amigos, pero en el mejor sentido. Y de pocas palabras...

¿De pocas palabras? ¡Pero si vivía entre ellas! Tenía una reverencia religiosa por la palabra (uno de sus últimos poemas confirma esta obsesión) un gran respeto a la palabra escrita, a la palabra bien escrita, un santo temor a la palabra por escribir...

Por eso quienes fuimos de periodistas no logramos nunca entrevistarlos para la prensa. Y quienes fuimos sus amigos desde hace treinta años, cuando fundó un programa radial denominado “Voces del Mundo” para estimular a los jóvenes de aquel entonces —Álvaro Mutis, Carlos Patiño, Fernando Arbeláez, Carlos Clavijo, Enrique Rodríguez...— sabemos que nunca quiso dar un reportaje, avanzar un concepto para la prensa, y casi que ni siquiera publicar un poema... Decía que la poesía no es para los periódicos, ni los periódicos para la poesía. Para ella existe el círculo cerrado de la revista, y si es la revista especializada, mejor. Toda su vida tuvo en mente la “gran empresa” de una revista de poesía, que sólo a medias logró ver, como miembro de consejos de redacción.

La última, con la cual se entusiasmaba como un adolescente: *Golpe de Dados...*

Porque el maestro (título que rechazaba con disgusto) era un “especialista” en poesía, como hay especialistas en todas las otras cosas. Detestaba la demagogia poética, la facilidad a la moda, la gratuidad, la prolificencia. Sabía ya que el que mucho habla mucho yerra. Y cuando se trataba de su propia producción, lo adivinamos en agónicas noches de insomnio luchando contra los fantasmas de las palabras: “aparta de mí este cáliz...”.

Era impresionante su cultura literaria, y su “estar al día” en lo que verdaderamente tenía importancia, no en las minucias periodísticas. Su muda elocuencia sobre la narrativa era pasmosa. Recuerdo la inmensa sorpresa que tuve cuando le di la “primicia” de que el Nobel lo había ganado un poeta *desconocido* llamado Seferiades. “¿Séferis? Mira estos poemas...” Y me mostró versiones suyas del gran lírico griego hechas por él (del francés o del inglés, que dominaba, y que era —éste— el idioma que él más gustaba y en el cual, aseguraba, se ha escrito y se escribe la mejor poesía) que sin embargo no quiso darme para “El Tiempo”. Con la disculpa de que “tengo que hacerles unas correcciones” las dejó inéditas. Lo mismo pasó cuando le conté que el Nobel había sido para Sholojov. Había leído —y tenía— todos sus libros en inglés. Cuando el galardonado fue Solzhenitsyn accedió a escribir una breve nota (magnífica interpretación de la posición del autor de *El Tercer Círculo* ante el régimen como escritor ruso). No quiso firmarla sino con seudónimo que dejó a mi elección. Yo le “inventé” el de Arturo Martínez. Nadie supo quién era, pero él se disgustó un poco: Martínez era su segundo apellido...

A pesar de haber dejado un intocable poema completo, un gran libro cerrado, al que no sobra ni falta nada, su obra puede considerarse inconclusa y malograda. Por ello dice el filósofo Danilo Cruz Vélez que “con la muerte de Aurelio Arturo el año pasado, se hunde por segunda vez en la sombra la promesa de un poeta colombiano de significación universal. (La primera fue en 1896, año en el que muere Silva) Aunque ¿qué vida, por larga que sea, no resulta truncada? ¡Ah de la vida parva...!”.

Y él murió con esta segura incertidumbre. Quería vivir más, con esa sensualidad de los seres superiores. Y escribir más. Su poema sobre la conquista de América quedó en proyecto. Su gran ensayo sobre Tomás Carrasquilla (“la novela no comenzó en Colombia con García Márquez, aunque con él haya llegado tan lejos”) tal vez no fue ni siquiera esbozado. Sus reflexiones sociológicas (materia de la que fue profesor) y sus experiencias jurídicas como magistrado (que fue dos veces, de las cortes del Trabajo y Militar) no pasaron nunca a negro sobre blanco, aunque alguna vez, cuando don Roberto García-Peña le pidió colaboración literaria para “El Tiempo” él respondió: “de lo único que yo sé es de derecho...”.

Pero se nos fue sin escribir nada de todo aquello. Se fue sin leer el libro con el que más hubiera disfrutado; el que más lo hubiera divertido: *El otoño del Patriarca*... Y, tristemente, (o quizás afortunadamente) sin ver la pobre edición que le hizo en Caracas Monte Ávila a su *Morada al Sur*, que él

esperaba con esa ansiedad de quien toda una vida no ha tenido otra sabiduría que la de los libros...

Aunque tan fragmentario, desordenado, esporádico, por ello y por lo prolijo en detalles muy personales y por lo ilegible, no apto para ser publicado, el diario que entre sus papeles encontró su hijo Gilberto es revelador de las reflexiones de sus últimos días, y de ese interés que tenía en escribir esas nuevas cosas que sin embargo todos los días (“los días, que uno tras otros son la vida”) se van dejando para mañana... Por ello en vísperas de su muerte el 23 de noviembre de 1974 —un día que seguramente al calorcillo del horno de una panadería donde íbamos, en nuestro barrio, a tomar *tinto claro*, le mostré alguno de mis últimos proyectos de poema— él puso en su diario:

“Creo que ahora debo dedicarme a escribir. No hay pretexto para dilatar...”

Y ya el domingo 24 de octubre había escrito:

“Soñar despierto es un vicio muy perjudicial. Muchos proyectos —y una inacción incalificable...”.

EDUARDO CAMACHO^[1]

MORADA AL SUR

“Muchos críticos consideran que Aurelio Arturo fue el gran poeta que produjo la generación piedracielista”

(ANDRÉS HOLGUÍN).

Aurelio Arturo publica su primer libro^[2]. Trece poemas tan sólo. Un poeta catalogado como “piedracielista”, cuyos primeros poemas publicados datan de 1931 y los últimos —no incluidos en el presente libro—, de 1963^[3]. Es decir, en treinta y dos años unos treinta poemas. Una obra francamente reducida.

Morada al Sur muestra una cierta unidad temática, de actitud y de estilo. Sin embargo, sus poemas son de muy diferentes épocas: 1931 - 1934 - 1942 - 1960^[4].

La gran mayoría de estos poemas se realizan como una evocación. Su tiempo verbal es casi siempre el imperfecto de indicativo, su sentimiento el recuerdo suavemente nostálgico. El grupo más numeroso está constituido por aquellos poemas que tienen por tema el ambiente natal, la tierra, el sur, su paisaje, sus gentes, la infancia y primera juventud del poeta: ocho de los trece poemas pueden ser incluidos aquí^[5].

Otro grupo más reducido se diferencia del anterior por su tiempo, el presente, y por su centro temático: el amor, la amada^[6]. Sin embargo, existe una definida unidad de actitud y, consecuentemente, estilística, en todos los poemas del libro.

En el primer grupo de poemas, Arturo no describe una realidad inmediata; evoca una realidad vivida, el mundo natal, la hemos denominado. Ese mundo evocado nostálgicamente, experimenta una valoración, una dignificación poética, la vida es bella, la tierra buena (“Tierra buena”, “Tierra, tierra dulce y suave...”, “Remota luz”), del “bello sur”, con sus “verdes paisajes”, “los más finos árboles”; en los días inmensos, el “sol generoso” reparte “su alegría

entre todos” (“El Sol”); “las lunas más hermosas” en la noche “joven y suave”. Y los “tan hermosos caballos” “con soles en las ancas”. Y el “viento dorado”, “ágil”, “contento”, “fértil”.

Poblando ese ámbito, “Tantas imágenes bellas”: “mujeres bellas, fuertes”, hombres “como robles entre robles”, que trabajaban y cantaban:

*Trabajar era bueno en el sur, cortar los árboles,
hacer canoas de los troncos.
Ir por los ríos en el sur, decir canciones,
era bueno. Trabajar entre ricas maderas.*

(“Rapsodia de Saulo”).

Y la “casa grande entre sus frescos ramos”; la madre “tan joven, de luz y silencio”; el padre (“llenas el mundo de tu aliento saludable”); la nodriza, de “saliva melodiosa y sus manos palomas mágicas”.

La actitud desde la que nace este grupo de poemas puede resumirse en el verso:

Torna, torna a esta tierra donde es dulce la vida.

(“Morada al sur”, IV).

El principal elemento de este mundo es la naturaleza: la noche, en primer lugar, la vegetación, el viento, el agua, los caballos, los aromas, el sol, las montañas...

Los seres humanos, los hombres, las mujeres no pasan de ser elementos de la naturaleza, como los árboles, la luna.

El poeta evoca, pues, nostálgicamente, ese ambiente vivido, su estilizado, embellecido ámbito de la infancia.

El otro grupo de poemas mencionado presenta, como dije atrás, un tiempo diferente y un centro temático distinto; estos poemas son un canto de amor, un canto a la amada presente. Ahora bien, se debe tener en cuenta que la separación de los dos grupos no puede hacerse de manera tajante y definitiva; no desaparece, por ejemplo, en el segundo grupo, la evocación del pasado sino que deja de ser centro temático único. Ésta es una nota de gran importancia según trataré de mostrar en lo que sigue; la continuidad estilística

no se quiebra en toda la poesía arturiana. También importa dejar en claro ahora que el diferente planteamiento temporal es estructural y no implica una evolución cronológica en el poeta: “Morada al sur”, por ejemplo, el poema más característico del primer grupo, fue publicado en 1942, mientras la mayoría de los poemas amorosos lo fueron en 1931-1934. Los dos tipos de poemas son coetáneos.

Creo que la “Canción de la noche callada” marca la transición entre el pasado y el presente, entre la evocación de la tierra natal y el canto de la amada. El tiempo verbal nos sitúa ya en otra época:

*En la noche balsámica, en la noche
cuando suben las hojas hasta ser las estrellas,
oigo crecer las mujeres en la penumbra malva
y caer de sus párpados la sombra gota a gota.*

Esta noche —Arturo, sí, es un gran poeta de nocturnos—, esta noche presente traslada el sueño:

*...En la noche balsámica,
cuando la sombra es el crecer desmesurado de los árboles,
me besa un largo sueño de viajes prodigiosos.*

Y este viaje le lleva a otra noche, la del pasado, la de la evocación:

*En medio de una noche con rumor de floresta
como el ruido levísimo del caer de una estrella,
yo desperté en un sueño de espigas de oro trémulo
junto del cuerpo núbil de una mujer morena
y dulce, como a la orilla de un valle dormido.*

Y se nos revela el ámbito del pasado:

*Y en la noche de hojas y estrellas murmurantes,
yo amé un país y es de su limo oscuro
parva porción el corazón acerbo;*

*yo amé un país que me es una doncella,
un rumor hondo, un fluir sin fin, un árbol suave.*

Y pasado y presente se funden; el presente no es más que un resultado,
una prolongación de ese pasado: mujer, tierra hechas una sola carne:

*Yo amé un país y de él traje una estrella
que me es herida en el costado, y traje
un grito de mujer entre mi carne.*

Mas si tu cuerpo es tierra donde la sombra crece...

Así vemos cómo sutilmente, de manera particularísima, el ámbito de la evocación se adentra en el presente, en un ámbito presente con el que, aparentemente, no tiene relación alguna:

Un día cualquiera, hoy, ¿qué ocupa el corazón, la mente del poeta?

*Desde el lecho por la mañana soñando despierto,
a través de las horas del día, oro o niebla,
errante por la ciudad o ante la mesa de trabajo,
¿a dónde mis pensamientos en reverente curva?*

¿La tierra natal? ¿La amada?

*Oyéndote desde lejos aun de extremo a extremo,
oyéndote como una lluvia invisible, un rocío.
Sintiéndote con tus últimas palabras, alta,
siempre al fondo de mis actos, de mis signos cordiales,
de mis gestos, mis silencios, mis palabras y pausas.*

El *tú* de la lírica se hace metafórico, tierra-mujer, amada-tierra, pasado-presente.

Así en unos hermosos versos de “Interludio”:

*Qué noche de hojas suaves y de sombras
de hojas y de sombras de tus párpados,
la noche toda turba en ti, tendida,
palpitante de aromas y de astros.*

*Yo soy el que has querido, piel sinuosa,
yo soy el que tú sueñas, ojos llenos
de esa sombra tenaz en que boscajes
abren y cierran párpados serenos.*

Mujer-ámbito, mujer-paisaje que llega hasta los últimos poemas. Así en “Madrigales”:

*Déjame ya ocultarme en tu recuerdo inmenso,
que me toca y me ciñe como una niebla amante;
y que la tibia tierra de tu carne me añore,
oh isla de alas rosadas, plegadas dulcemente.*

Habría que preguntar de nuevo: ¿la tierra?, ¿la amada? La mujer a la que confluye el sentimiento del presente, el amor, que constituye uno de los temas de su última poesía —“Madrigales”—, se hallan inmersos en el telúrico ámbito del pasado que, trasmutado, afinado, estilizado, sigue vivo, creador en el presente^[7].

Ahora bien, la mujer-tierra, la fusión del pasado y presente, de los temas y elementos, conserva la unidad del proceso poético: la amaba presente, como la tierra evocada, se dignifica en el amor del poeta:

“Con tu ademán gentil, con tu gracia amorosa...”, “el puro labio tuyo”; “me ciñó al fin la flor de tu palabra...”. “Llámame con tu voz, que es esa flor que sube...”; “tus palabras, llenas de rocío...”.

Pero la dignificación se realiza la mayoría de las veces, consecuentemente, por aproximaciones y metáforas telúricas.

Y ahora creo poder decir que el rasgo estilístico más notable de la poesía de Aurelio Arturo consiste en una peculiar confusión del hombre y la naturaleza.

Y no se trata, tan sólo, de que sea un estilo metafórico; lo fundamental en el caso de Arturo es que esa metaforización es sistemática y que constituye su

estilo personal —si se me permite la redundancia...—.

Las relaciones entre los dos planos, el humano y el de la naturaleza, pueden ser de dos tipos: a) la naturaleza se humaniza; b) lo humano se hace naturaleza. Ninguno de los dos procedimientos, aisladamente considerados, tiene nada de extraño o inusual:

“Negras estrellas sonríen en la sombra con dientes de oro”

es una figura hermosa, a la que el contraste de color le da una amplitud, una audacia y una suntuosidad extraordinarias. Pero no podría afirmarse que establecer una asociación aislada entre la oscuridad de la noche y el brillo de las estrellas, y un rostro moreno sonriente, constituya un rasgo diferenciador de un estilo.

Tampoco el procedimiento contrario, aislado, es diferenciador:

Juan Gálvez, José Narváez, Pioquinto Sierra,
como robles entre robles...

En muchos poemas “piedracielistas” se podrían encontrar figuras análogas.

Pero lo que diferencia definitivamente la poesía de Arturo, es, a mi juicio, la abolición de la distancia que separa el plano humano del plano de la naturaleza, la supresión de toda diferenciación de esencia entre el hombre y la naturaleza, y no sólo entre el hombre y la naturaleza, sino entre los tradicionalmente llamados “reinos de la naturaleza”.

Sin embargo, hay que anotar aquí que el proceso estilístico se orienta más claramente hacia una “naturalización” de lo humano que a la inversa. Y ello, precisamente, es un factor más de diferenciación de esta poesía. Señalemos, a través de varios textos, tres grados.

1. *Comparación:*

el oscuro salón como un sueño^[8]....

Una vaca sola, llena de grandes manchas,
revolcada en la noche de luna, cuando la luna sesga,
es como el pájaro toche en la rama...

...y no tiembla entre sus alas rotas,
con tanta angustia un ave que agoniza, cual pudo
mi corazón luchando entre cielos voraces...

...ya la noche ha cosido
suavemente tus párpados, como dos hojas más a su follaje

[negro...

Tanto entre el plano de la naturaleza y el humano, como entre los “reinos” de la naturaleza se establecen relaciones, pero se respetan —por el “como comparativo”— las diferencias esenciales entre ellos.

2. *Indefinición:*

El viento viene, viene vestido de follajes...
y la noche golpea con leves nudillos en la puerta de roble...
y junto al árbol rojo donde el cielo se posa...
un silencio que picotean los verdes paisajes...
un hombre de ágiles remos por el río opulento...
oh voces manchadas del tenaz paisaje...

Este verde poema, hoja por hoja
lo mece un viento fértil...

Como se ve, en esta segunda etapa del proceso, ya las diferencias han dejado de ser esenciales; el plano de la naturaleza y el plano humano, así como los reinos naturales, se intercambian sin que existan limitaciones: el cielo se posa en un árbol; los brazos del hombre son remos, el poema es un árbol, la noche un ser humano...

3. *Confesión:*

Algunos ejemplos he dado en las páginas anteriores. Sin embargo, es menester citar ayunos textos más:

Manos de cera vuelan sobre tu frente donde murmuran
las abejas doradas de fiebre, duerme, duerme.
El río sube por los arbustos, por las lianas, se acerca,
y su voz es tan vasta y su voz es tan llena.
Y le dices, le dices: ¿Eres mi padre? Llenas el mundo
de tu aliento saludable, llenas la atmósfera.
—Yo soy tan sólo el río de los mantos suntuosos.

El tú— ¿río?, ¿padre?— experimenta una fusión lírica—.

No eran jardines, no eran atmósferas delirantes. Tú te
[acuerdas
de esa tierra protegida por un ala perpetua de palomas.
Tantas, tantas mujeres bellas, fuertes, no, no eran
brisas visibles, no eran aromas palpables, la luz que venía
con tan cambiantes trajes, entre linos, entre rosas ardientes.
Era tu dulce tierra cantando, tu carne milagrosa, ¿tu sangre?

Mi nodriza era negra y como estrellas de plata
le brillaban los ojos húmedos en la sombra:
su saliva melodiosa y sus manos palomas mágicas.
¿O era ella la noche, con su par de lunas moradas?

¿Por qué ya no me arrullas, oh noche mía amorosa,
en el valle de yerbas tibias de tu regazo?

Yo creo que no es menester prolongar las citas^[9]. Es que, viéndolo así, “Morada al sur” se entrega en nueva luz, en más rico sentido. Palabras, versos, poemas antes “inocentes”, antes oscuros, se me aparecen ahora del todo diferentes. Dos ejemplos: cuando leí por primera vez el verso

Oh tú que recoges en tus hombros un cielo de palomas.

sólo recordé otros versos análogos (“Y cantan como pájaros en tu hombro los días”; “Asomaba la luna por tu hombro, con el invierno / como una flor morada sobre el hombro” [Eduardo Carranza]); y el verso, con toda su calidad, se me metió en al archivo mental bajo un rótulo: “piedracielismo”. Pero al revelármese lo que yo creo que es el estilo arturiano, el verso resurgió siempre hermoso, y, ahora, en su sentido propio: no como una pegadiza galantería de final de poema, sino como tránsito hacia esa fusión del tú lírico y el mundo natural:

Desde el lecho por la mañana, a través de las horas,
con tu ademán gentil, con tu gracia amorosa,
oh tú que recoges en tus hombros un cielo de palomas.

Ese *tú* adquiriría para mí un viso casi místico, casi deífico: mujer-tierra, amada-mundo, en su calidad lírica esencial.

Abrí, después, el libro al azar; al azar, también, escogí un verso:

allí, mimosa y cauta, ponía entre mis manos...
¿quién?, ¿o qué? La noche de las fábulas.

Dafne (“presa en laurel la fugitiva planta”), la poesía de Aurelio Arturo nos llega, desde el Sur, delicada, nostálgica, pero tal vez, por personal y estilizada, algo desdeñosa.

J. G. COBO BORDA

AURELIO ARTURO: LA PALABRA ORIGINAL

“La poesía sólo puede expresar lo que es original en un sentido: el sentido en que hablamos del pecado original. Es, original, no en el despreciable sentido de ser nuevo, sino en el sentido más hondo de ser viejo; es original en el sentido que trata de orígenes”.

G. K. CHESTERTON, ROBERT BROWNING.

Aurelio Arturo nació en 1906. Colombiano, su nombre está asociado, exclusivamente, a la selección de poemas *Morada al Sur*, libro aparecido en 1963, Premio Nacional de Poesía, ese año, y que recoge textos publicados, en periódicos y revistas, en 1931 y 1934; 1942 —el que da título al libro— y 1960. Sus últimos poemas son de 1973. Pero estos son datos; lo decisivo consiste en afirmar, desde el comienzo, que Aurelio Arturo es, hoy en día, el poeta más importante de Colombia. Un juicio así resulta, de antemano, indemostrable; y todo prólogo es, por definición, el último obstáculo interpuesto en el camino del cada día más hipotético lector de poesía. ¿Cómo conciliar, entonces, esta doble convicción: la crítica, ante la verdadera poesía, resulta, casi siempre redundante; y Aurelio Arturo es uno de los más singulares poetas hispanoamericanos?

Ejercicio retórico, la crítica repite lo que está ahí, pero quizá su sentido último le otorgue razón de ser: admiración, homenaje compartido; la humildad —y a la vez la arrogancia— de un lector, develando sus interrogantes. Solo que cubrir con nuestra escritura aquella visión que esclarece es, inevitablemente, incurrir en el palimpsesto. Y no hay palabra más diáfana que la de Aurelio Arturo. Así que me curo en salud revelando, desde el principio, el secreto: Aurelio Arturo es Aurelio Arturo. No hay explicación distinta, y en tal tautología se basa mi recorrido: el deslumbramiento de un lector, el placer de la lectura. Alguien repite, en voz alta, líneas que ama.

En esta república latinoamericana donde los bardos incurren, sin rubor y sin gloria, en el volumen anual, el caso de Aurelio Arturo resulta francamente escandaloso. Marginal, discreto, la fluida, y parca, vena de agua de su poesía corre inextinguible: permanece. O sea que habría que comenzar a definirlo en forma negativa: también entre nosotros se ha perdido el sentido de la medida y acaso sorprendería aquella aseveración de Gottfried Benn: “Aun entre los grandes poetas de nuestro tiempo, ninguno ha dejado más de seis u ocho poesías perfectas. El resto puede ser interesante para la biografía y la evolución del autor, pero pocas se bastan a sí mismas, pocas producen su propia claridad, pocas poseen una larga fascinación. Así, por seis poemas, treinta o cincuenta años de ascetismo, de sufrimiento, de combate”. “Pero un poema es un don”: con estas palabras concluye Vladimir Holán *Una noche con Hamlet*, escrito de 1949 a 1962. La respuesta, entonces ya está dada. De ahí que el trabajo poético de Aurelio Arturo, llevado a cabo, y de manera esporádica, al anverso de una existencia “de juez, de abogado, de funcionario público¹¹”, produzca, desde el primer momento, un intenso asombro:

*“En las noches mestizas que subían de la hierba,
jóvenes caballos, sombras curvas, brillantes,
estremecían la tierra con su casco de bronce.
Negras estrellas sonreían en la sombra con dientes de oro.
Después, de entre grandes hojas, salía lento el mundo”.*

¿De dónde surge esta poesía; de dónde brota este esbelto surtidor de frescura; a qué se debe la fascinación inalterable que ejerce este solitario, en medio del opresivo panorama de la versificación colombiana?

*“(Reyes hablan ardido, reinas blancas, blandas,
sepultadas dentro de árboles gemían aún en la espesura)”.*

¿Cómo se ha logrado compaginar tanta sencillez con tanto misterio?: “...un áureo hilo de ensueño / se enredaba a la pulpa de mis encantamientos”. ¿Cuál es el origen de esta palabra; de su transparencia tan acentuada y a la vez de su resonancia sonámbula tan clara?: “Un largo, un oscuro salón rumoroso / cuyos confines parecían perderse en otra edad balsámica”. ¿En qué forma se ha conservado, simultáneamente, tan tersa y tan enigmática?: “O acaso, esa mujer era la misma música, / la desnuda música avanzando desde el piano, / avanzando por el largo, por el oscuro salón como en un sueño”.

Se ha dicho: ella viene de José Asunción Silva: *“La fragancia indecisa de un olor olvidado / Llegó como un fantasma y me habló del pasado”, “Midnight Dreams”*. Del encanto hipnótico de los cuentos de hadas, las leyendas brumosas y la niebla de la mejor poesía inglesa. Podría agregarse, también, el Perse de *Para celebrar una infancia*, los simbolistas franceses, T. S. Eliot... No me interesan las influencias; me preocupa, apenas, lo que los verdaderos poetas logran a partir de ellas.

*“Y aquí principia, en este torso de árbol,
en este umbral pulido por tantos pasos muertos,
la casa grande entre sus frescos ramos.
En sus rincones ángeles de sombra y de secreto.
En esas cámaras yo vi la faz de la luz pura.
Pero cuando las sombras las poblaban de musgos,
allí, mimosa y cauta, ponía entre mis manos,
sus lunas más hermosas la noche de las fábulas”*.

Prefiero, ante ejemplos como este, pensar que es algo nuestro; algo que la naturaleza ha impregnado con su clima, confiriéndole esbeltez, acendrando su belleza. Además, la identidad que ella manifiesta entre la música y la anécdota, entre el canto y el cuento: *“Se canta una viva historia, contando su melodía”* (Antonio Machado), es única. La metamorfosis a que ella ha sometido los seres, las criaturas, los ambientes, sumergiéndolos en una atmósfera personal donde la bruma de la memoria acentúa, tan sólo, su nitidez implacable, tiene la densidad corporal de los auténticos fantasmas: *“Oigo crecer las mujeres en la penumbra malva / y caer de sus párpados la sombra gota a gota”*.

De otra parte, la melodiosa insistencia con que se ha referido a sí misma, la grave dulzura de su goce enamorado, son uno de los pocos milagros de nuestra historia literaria. Una herencia farragosa, de gramáticos y juristas, se vio negada, definitivamente, por este lenguaje que aúna la precisión a la magia.

*“Te hablo también: entre maderas, entre resinas,
entre millares de hojas inquietas, de una sola hoja:
pequeña mancha verde, de lozanía, de gracia,
hoja sola en que vibran los vientos que corrieron
por los bellos países donde el verde es de todos los colores,*

los vientos que cantaron por los países de Colombia”.

Y la flexible generosidad, la opulencia casi, de su registro temático, es capaz de abarcar toda una geografía (espiritual): “¿*Tierra, tierra dulce y suave, / como era tu faz, tierra morena?*”, interior pero concreta: “*este poema es un país que sueña*”. Se trata, pues, de una poesía esencial. La lírica, en su punto más alto. Algo real: “*Trabajar era bueno en el sur, cortar los árboles, / hacer canoas de los troncos*”, y al mismo tiempo legendario: allí donde el silencio es “*un maduro gajo de fragantes nostalgias*”.

*“He escrito un viento, un soplo vivo
del viento entre fragancias, entre hierbas
mágicas; he narrado
él viento; solo un poco de viento”.*

Esta sencillez (aparente) no hace más que acentuar el sentido último que la caracteriza: resumen que es exaltación devota, consagración, fiesta verbal, la obra de Aurelio Arturo —allí donde la imaginación y la memoria se unen para cantar y transfigurar— logra otorgarnos un profundo consuelo verbal. Inicio de nuestra auténtica tradición, ella nos enseña a sentir claramente y a gozar con profundidad, ya que posee “una verdad más alta y una más alta seriedad^[2]”. Ella es nuestro fundamento —la palabra original— porque ella ha sido la única capaz de hablarnos

*“de un bosque extasiado que existe
sólo para el oído, y que en el fondo de las noches pulsa
violas, arpas, laúdes y lluvias sempiternas”.*

EL SILENCIO Y LA MUSICA

La estilística^[3] nos dice que la gran mayoría de los poemas de Aurelio Arturo se realizan como una evocación; que su tiempo verbal es casi siempre el imperfecto de indicativo y que su sentimiento es el recuerdo suavemente nostálgico; nos dice, también, que hay dos centros temáticos: el ambiente natal y la amada, si bien en este último caso su tiempo verbal es el presente. Finalmente nos asegura que es imposible establecer, con nitidez, una división entre los dos núcleos temáticos, ya que existe “una definida unidad de actitud

y, consecuentemente, estilística, en todos los poemas del libro”. Lo dicho: Aurelio Arturo es Aurelio Arturo. Prefiero, en consecuencia, extraviarme por otros caminos.

El mundo de Aurelio Arturo es el de la unidad primordial. Una afirmación así, tan vacua, cobra en el caso suyo un carácter muy preciso. Para él, la naturaleza no solo es humana sino que establece una convivencia con quien la habita: *“Oh voces manchadas del tenaz paisaje, llenas / del ruido de tan hermosos caballos que galopan bajo asombrosas ramas”*. Y son dos las vías que utiliza para lograr que esa realidad, distante ya, se conserve intacta, se nos entregue íntegra. La imaginación narra lo que mira, y así lo mitifica, por una parte. Por otra, el diálogo se exalta, en su remembranza apasionada, recobrando, de modo más real, aquello que ya no existe. Comencemos por la segunda.

“Cuando nada subsiste ya de un pasado antiguo, cuando han muerto los seres y se han derrumbado las cosas, solos, más frágiles, más vivos, más inmateriales, más persistentes y más fieles que nunca, el olor y el sabor perduran mucho más, y recuerdan, y aguardan, y esperan, sobre las ruinas de todo, y soportan sin doblegarse... el edificio enorme del recuerdo”: palabras de Proust.

*“En el umbral gastado persiste un viento fiel,
repitiendo una sílaba que brilla por instantes.
Una hoja fina aún lleva su delgada frescura
de un extremo a otro del año”*.

Desdoblándose, el poeta se invita a volver al paraíso; esto sirve, casi siempre, para comprobar hasta qué punto se halla degradado —*“las hadas se pudren en los estanques / entre algas y hojas secas / y malezas”*— pero a él no le interesa la pérdida, muladar recubierto por *“un silencio duro, sin manantiales”*, sino el reencuentro. Esa *“líquida palabra melodiosa”*, que surge de una *“fresca agua recóndita^[4]”*, es lo que busca, ya que está impregnada por algo edénico, anterior a la caída. La infancia: aquello que vivió (o soñó) por vez primera y cuya intensidad y júbilo restablecen el vínculo perdido. Territorio ancestral: allí presente y pasado son lo mismo; allí la fusión y la añoranza se confunden. Purificado al máximo, nos brinda un instante que, paradójicamente, por ser fragmentario, ilumina todo el recinto. El padre, la madre, los hermanos, la casa, la nodriza, los cuentos infantiles, la

resina de los árboles, los animales: todo brilla y a la vez se oculta; todo queda transformado en poesía: “*Y si al norte el viejo bosque tiene un tic-tac profundo / al sur el curvo viento trae franjas de aroma*”. Esta emoción punzante, que tiñe toda la remembranza, recupera, así la comarca que fue tan suya; recrea, y por lo tanto, inventa; vuelve lenguaje —transmisibile— lo que continúa siendo un enigma. Algo que por ser intuición, atisbo, no agota su contenido sino que señala, apenas, las pautas de ese diálogo secreto pero lleno de sentido:

*“Y le dices, le dices: ¿Eres mi padre? Llenas el mundo
de tu aliento saludable, llenas la atmósfera.
—Yo soy tan solo el río de los mantos suntuosos”.*

Algo que se desliza y ondula: “*el río de los mantos suntuosos*”: la respuesta se convierte en pregunta. Todo está surcado por fulguraciones que a través de los años han mantenido viva su precariedad, su incertidumbre, y al mismo tiempo su certeza conmovida:

*“Hay un caballo, el mío, y oigo una voz que dice:
‘Es el potro más bello en tierras de tu padre’”.*

Presencia viva; esta poesía, tan sustancial —“*los días que uno tras otro son la vida*”— no ha padecido la uña del tiempo, su incuria. Está ahí, fresca, palpitante, aromada, fundando el ámbito que le es propio; marcando, ella misma, sus límites. En 1973, treinta años después de publicado el poema que comentamos, Aurelio Arturo continúa aferrado a su visión; a la fe que lo anima. “*Y cuando es alegría y angustia / y los vastos cielos y el verde follaje / y la tierra que canta / entonces ese vuelo de palabras / es la poesía / puede ser la poesía*^[5]”: no un juicio, sino una apertura, lo que abriéndose, hacia el mundo, nos trae, evasivo, aquello que no cambia ni se modifica; aquello que parece carecer de nombre que lo designe. “*Tierra que canta*”, “*país que sueña*”: ambas sentencias son indescifrables, y nítidas: dicen lo que dicen, y al mismo tiempo, algo más. Se complementan, además, armoniosamente: cierran un círculo. Recobran lo perdido, sí, pero también inauguran el mito. Y este último es fundamental en la poesía de Aurelio Arturo.

UNA POESÍA ANTERIOR A LA HISTORIA

Concentrada en poemas como “Morada al Sur”, “Canción del ayer”, “Canción de la noche callada”, “Interludio” y “Nodriza”, la poesía de Aurelio Arturo puede desplegarse, en tono algo distinto, en poemas como “Sol” (recuérdese el poema LXXXVII de *Las flores del mal*: “*Ce père nourricier... Éveille dans les champs les vers comme les roses*”); o “Rapsodia de Saulo”, cantos al trabajo, pero retomará, siempre, sus motivos inconfundibles, cerrándose en torno a su eje: “*el viento fiel que mece mi poema*”. ¿Por qué esto? Todo auténtico poeta escribe un solo poema; y es allí, precisamente en el titulado “Clima” donde un verso sorprendente queda vibrando: “*La vida es bella*”, base de toda la creación de Arturo. Esta afirmación, tajante, y la explicación que sigue —como toda explicación, superflua— muestra hasta qué punto Aurelio Arturo es un poeta original, dentro de nuestra lírica: un poeta que canta —la reflexión pero también el júbilo; alborozo lúcido; alguien que celebra, y exalta; alguien que justifica, y da existencia, a aquello que crea — que cree. Una mirada que se despliega: “*cual dos aves rapaces, persiguieron mis ojos, el rebaño de horizontes*” y que luego se concentra extasiada, en la contemplación de lo que parece más nimio: “*verde algarabía de las hojas menudas*”, haciéndolo estallar: todo un mundo. Este proceso, el proceso de su poesía, radica en un sentido que es también un sonido: la luz. “*En mi corazón una gran luz de sol y maravilla*”; una luz que “*nunca es súbita*”, como aclara en “Interludio”, y que le ha permitido, en forma infinitamente lenta, de maduración interior, cristalizar en muy pocos poemas (yo diría que cuatro o cinco) todo un territorio inconfundible: el nuestro —el suyo. Ese libro a través del cual leemos la realidad y mediante el cual la realidad nos mira.

“*Recuerdo como tres antorchas áureas nuestras cabezas*
|*inclinadas*
sobre aquel libro viejo que rumoraba profundamente en
|*la noche.*
Y la noche golpeaba con leves nudillos en la puerta de
|*roble.*
Y en los rincones tantas imágenes bellas, tanto camino
soleado, bajo una leve capa de sombra luciente como
|*terciopelo*”.

La aventura que nos proponen estos versos, su armonía, sus ritmos, es la espléndida aventura del modernismo, que adquiere aquí una connotación distinta: otro espacio, otra búsqueda: “*Un largo, un oscuro salón, talvez la infancia*”. A Aurelio Arturo no le interesa salir de viaje: comarcas exóticas, París o las ruinas indígenas; Grecia, tan trajinada en su época. A él lo que le obsesiona es tornar habitable la tierra en que vive; humanizarla, enumerando el contorno que está alrededor suyo, interiorizándolo: “*Te hablo de una voz que me es brisa constante*”—, “*te hablo de días circuidos por los más finos árboles: / te hablo de las vastas noches alumbradas / por una estrella de menta que enciende toda sangre*”. De este modo, lo que él nos narra —el deslumbramiento, el avance perpetuo, la invasora presencia de la naturaleza— se va tornando caja de resonancia; eco, apenas, de sonidos que son versos: murmullo, diálogo del follaje, vuelo de pájaros, agua, niebla, humo lento: estos idiomas que Aurelio Arturo ha descifrado, apropiándose los, son la clave; gracias a ellos ha podido regresar: “*Y yo volvía, volvía por los largos recintos / que tardara quince años en recorrer*”. Vuelve allí, a ese punto de confluencia, al corazón de su poesía —“*con un pie en una cámara / hechizada, y el otro a la orilla del valle*”, logrando la conjunción de lo de fuera y lo de dentro, armonizándolos: naturaleza y cultura: la casa en mitad del valle. Puede, ahora sí, urdir “*la feliz cantinela*”—, “*la habla pulposa, casi palpable*”; puede convertir todo en verbo encarnado: es dueño de su lenguaje.

De ahí que al concluir este primer periplo (el de la memoria) diga, en un poema de título lo suficientemente expresivo: “*Remota luz*”: “*Si de tierras hermosas retorno, / ¿qué traigo? Me cegó su resplandor*”. “*No traigo nada: traigo una canción*”. Ese poeta encantado —“*las doradas abejas de la fiebre*”— no trae nada; unos destellos, apenas; con ellos es factible reconstruir un reino —el reino de la imaginación—.

Fabulista atrapado por lo asombroso de su invención: “*¡Un hombre viejo en el sur, contando historias!*”: quien cuenta, no muere —como Sherezada. Cada día logra que lo familiar se torne en leyenda; cada día recrea la saga de aquellos que edificaron un imperio —el vasto imperio de la palabra: “*Juan Gálvez, José Narváez, Pioquinto Sierra, / como robles entre robles*”: Aurelio Arturo, lector de Homero, nos narra otra Odisea: la nuestra. “*Y Pablo Garcés, Julio Balcázar, los Ulloas*”: nombres-hombres-héroes: “*de ágiles remos por los ríos opulentos*”. Éstas son sus hazañas: “*trabajar entre ricas maderas*”; “*ir por los ríos en el sur*”; “*decir canciones*”. La conquista de la tierra, su colonización, el hecho de poblarla: *Morada al Sur*. Y sus cimientos, los muertos: “*los que no volvieron viven más hondamente, / los muertos viven en*

nuestras canciones". Los hombres no vuelven a la tierra, convertidos en polvo; adquieren otro rostro —el definitivo rostro de la poesía. Fantasma, sobre ellos comienzan a brillar *"las grandes lunas llenas de silencio y espanto"*.

Hijo y cronista, Aurelio Arturo ha justificado el esfuerzo, *"grata fue la rudeza"*, exaltando su región nativa, trocándola en melodía. Resurrección y síntesis:

*"(Yo miro las montañas. Sobre los largos muslos
de la nodriza, el sueño me alarga los cabellos)":*

el sueño, el cuento, siguen: misterio y erotismo, hay allí una profundidad insólita: el desciframiento de nuestro paisaje anímico. Octavio Paz, en *Los hijos del limo*^[6], cita un verso de José Martí: *"El universo / habla mejor que el hombre"*. Esto lo sabe muy bien Aurelio Arturo: un poeta que asiente, que dice sí a la tierra, y que logra que ella se exprese a través suyo. Él no habla: habla la brisa:

*"¿Por qué ya no me arrullas, oh noche mía amorosa,
en el valle de yerbas tibias de tu regazo?*

*En mi silencio a veces aflora fugitiva
una palabra tuya, húmeda de tu aliento,*

*Una noche lejana se llegó hasta mi lecho,
una silueta hermosa, esbelta, y en la frente
me besó largamente, como tú; ¿o era acaso
una brisa furtiva que desde tus relatos
venía en puntas de pie y entre sedas ardientes?*

Tú que hiciste a mi lado un trecho de la vía

¿te acuerdas de esos viajes bordeados de fábulas?".

La poesía está aquí: basta con oírla. Por eso, prefiero concluir: los pocos comentaristas que ha tenido la obra de Aurelio Arturo —Hernando Téllez, Fernando Charry Lara^[7], Fernando Arbeláez— están acordes en señalar el don que posee para humanizar la tierra, tornándola elocuente; logrando que los límites entre la persona y el ambiente que la rodea, cesen; puente entre nosotros y las cosas, esta es una poesía anterior a la historia. Una poesía que amplía, al máximo, el registro de nuestras sensaciones, ofreciéndonos la manera más segura de conocer, a fondo, nuestra realidad: visión primordial. Es esta, finalmente, una poesía que nos constituye.

De ahí que el puesto que ocupa, dentro de nuestra literatura, sea central; debido, obviamente, a su marginalidad. Inclasificable, su influencia ha sido vasta y fecunda, pero lo que importa, en esta ocasión, no son tanto las relaciones y sus contrastes, sino reiterar su signo: solitaria, única, a ella habrá que volver. Escuchémosla, una vez más:

*“Desde el lecho por la mañana soñando despierto,
a través de las horas del día, oro o niebla,
errante por la ciudad o ante la mesa de trabajo,
¿a dónde mis pensamientos en reverente curva?”.*

Cuando W. H. Auden fue nombrado profesor de poesía en Oxford concluyó su lección inaugural con estas palabras: “La poesía es capaz de hacer mil y una cosas, puede complacer, entristecer, turbar, divertir, instruir, puede expresar todos los matices de la emoción y describir todo tipo de acontecimientos concebibles, pero solo existe una cosa que toda poesía debe hacer: debe alabar su propia existencia y su propio acontecimiento^[8]”. Esto, precisamente esto último, es lo que ha hecho Aurelio Arturo. Y sólo hay una manera de celebrarlo: leyéndole.

Bogotá, noviembre 18 de 1974.

FRAGMENTO DEL ACTA DEL JURADO QUE ADJUDICÓ EL PREMIO NACIONAL DE POESÍA “GUILLERMO VALENCIA”

Morada al Sur es un libro revelador de un verdadero temperamento lírico y, en su conjunto ostenta virtudes poéticas acendradas en el crisol de una fina sensibilidad, siendo esto, la sensibilidad, la nota dominante en esos poemas. Algunos se diluyen en una íntima música de sugerencias, y otros en matices de un sentimiento que apenas se expresan por balbuceos profundamente humanos. Es un tipo de poesía pura, sin lastre conceptual ni ornamentos metafóricos, pero que llega directamente al espíritu y le comunica su vibrante estremecimiento. Allí radica la eficacia lírica de Aurelio Arturo, poeta que nos hace asistir al nacimiento de sus emociones, a fuerza de pureza expresiva y de sinceridad creadora. Puede suceder que algunos de los poetas concursantes aventajen a Arturo por algún aspecto parcial de su inspiración; pero el autor de *Morada al Sur* no cede a nadie en lo que respecta a la autenticidad de su don poético. Es imposible advertir en sus poemas un solo rasgo de simulación literaria, o la más leve concesión a caprichos estilísticos.

Aurelio Arturo se inició en la vida literaria hace unos treinta años, con algunos poemas que fueron publicados en la *Crónica Literaria* que dirigía uno de los suscritos. Después abandonó la publicidad, para dedicarse al ejercicio de su profesión de abogado, en la cual ha merecido honrosas distinciones. Su vida como hombre puede calificarse de ejemplar. Lejos de toda clase de camarillas, ajeno a las intrigas, ha sido un trabajador obstinado y silencioso, en lo concerniente a su profesión y a su vocación literaria. Su menosprecio por la popularidad y el renombre puede estimarse como uno de los lagos heroicos de su personalidad.

Para los suscritos, miembros del jurado calificador, es una satisfacción poder juntar al mérito literario de Aurelio Arturo la excelencia moral de su carácter, y ofrecer, de esta manera, una imagen completa del poeta. Creemos

haber cumplido, con justicia y lealtad, la honrosa misión que nos fue encomendada.

Bogotá, noviembre 20 de 1963.

RAFAEL MAYA, CARLOS ARTURO CAPARROSO, RAFAEL TORRES
QUINTERO



AURELIO ARTURO (nació en La Unión (Nariño) —el sur de Colombia el 22 de febrero de 1906). Estudió Derecho y ocupó destacados cargos en la rama jurisdiccional. Publicó sus primeros poemas en la *Crónica literaria*, que dirigía Rafael Maya y obtuvo, en 1963, el premio nacional de poesía “Guillermo Valencia”.

Publicó un solo libro, *Morada al Sur*, en donde se recoge su obra, breve e intensa, sin lugar a dudas una de las más singulares dentro de la poesía colombiana, en este siglo.



RAFAEL MAYA (Nació en Popayán, el 21 de marzo de 1897 y murió en Bogotá, el 22 de julio de 1980). Poeta, periodista, ensayista, escritor, crítico, abogado y diplomático colombiano.

Obras: *La vida en la sombra* (1925), *Coros del mediodía* (1930), *Después del silencio* (1935), *Final de romance y otras canciones* (1940), *Alabanzas del hombre y de la tierra* (1941), *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana* (1944), *Tiempo de luz* (1945), *Los tres mundos de Don Quijote y otros ensayos* (1952), *La musa romántica en Colombia* (1954), *Navegación nocturna* (1955), *Estampas de ayer y retratos de hoy* (1958), *Los orígenes del modernismo en Colombia* (1961), *La tierra poseída* (1965), *El retablo del sacrificio y de la gloria* (1966), *Escritos literarios* (1968), *El rincón de las imágenes* (1972), *El tiempo recobrado* (1974), *De perfil y de frente* (1975), *Letras y letrados* (1976), *Poesía completa* (1979), *Obra Crítica* (Dos volúmenes, póstumo, 1982)



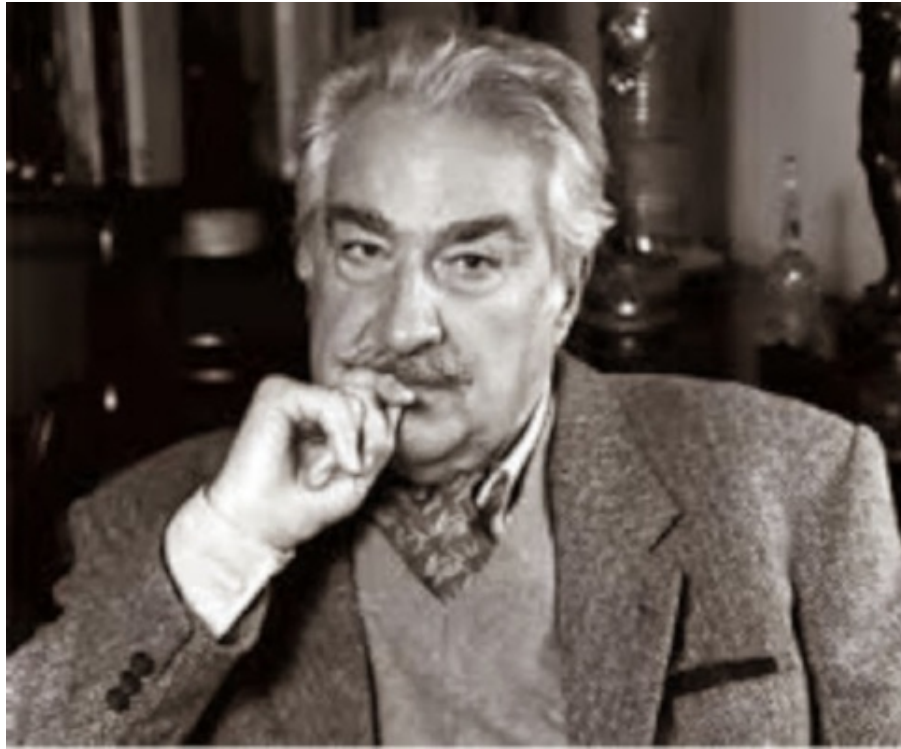
DANILO CRUZ VÉLEZ (n. Filadelfia, Caldas; 1920 - Murió en Bogotá el 10 de diciembre de 2008), fue un filósofo colombiano.

Obras: *Nueva Imagen del Hombre y de la Cultura* (1948), *Filosofía sin Supuestos: de Husserl a Heidegger* (1970), *Nietzscheana* (1972), *El Mito del Rey Filósofo: Platón, Marx y Heidegger* *Tabula Rasa* (1991) *El Misterio del Lenguaje* (1995)



HERNANDO TÉLLEZ (Bogotá, 22 de marzo de 1908 - 1966) fue un ensayista, narrador, periodista, político, diplomático y crítico literario colombiano.

Obras: *El más Inquietoso del Mundo* (1963), *Literatura y sociedad: Glosas precedidas de notas sobre la conciencia burguesa* (1956), *Diario de mi mente* (1932), *Bagotelas* (1944), *Luciérnagas en el Bosque* (1946), *Cenizas para el viento y otras historias* (1950), *Espuma y nada más* (1956), *Textos no recogidos en libro* (1979), *Nadar contra la corriente* (1956), *La madre para Andolfo*, *Sangre en los Jazmines*, *Preludio* (No me acuerdo cuando la hizo), *Genoveva me espera siempre*



ÁLVARO MUTIS JARAMILLO (Bogotá, 25 de agosto de 1923-Ciudad de México, 22 de septiembre de 2013). Novelista y poeta colombiano.

Obras: *Abdul Bashur, soñador de navíos*; *La nieve del almirante Amirbar*; *Ilona llega con la lluvia*; *La última escala del Tramp Steamer*; *Tríptico de mar y tierra*; *Un bel morir*.



FERNANDO CHARRY LARA (Bogotá, 1920 – Washington, 2004). Poeta colombiano.

Obras: *Temas* (Colección Cántico, Bogotá, 1944), *Nocturno y otros sueños* (Bogotá, 1949 - Prólogo de Vicente Aleixandre) *Los Adioses* (1963), *Lector de Poesía* (Ensayos críticos, Bogotá, 1975), *Pensamientos del amante* (Bogotá, 1981), *Los poetas de Los Nuevos* (Bogotá, 1984 - Estudio crítico), *Poesía y poetas colombianos* (1986), *José Asunción Silva, vida y creación* (Compilación de estudios críticos, Bogotá, 1986), *Llama de amor viva* (Compilación de su obra poética, Bogotá, 1986), *José Asunción Silva* (Ensayo, 1989), *Poésie colombienne du xx^e siècle* (Edición bilingüe, Tomo 4. Ginebra, 1990), *Antología de la poesía colombiana* (Compilación y estudio crítico, 1996), *Poesía reunida*. Editorial Pre-Textos, . 2003.



FERNANDO ARBELÁEZ (Manizalez, 1924 – 1995). Poeta colombiano. Ha sido traductor de Giorgios Seferis, Constantin Cavafis y Boris Pasternak. Aunque su poesía no se ha definido claramente, combina el manejo de los símbolos de la sabiduría china con un cierto naturalismo oriental, los recuerdos de la poesía griega contemporánea, y también una buena dosis de poesía testimonial.

Obras: *El humo y la pregunta* (1950), *La estación del olvido* (1955), *Canto llano* (1964), *Serie china y otros poemas* (1980), *El viejo de la ciudad*, en edición bilingüe (1985) y *Poemas de exilio* (1986).



ROGELIO ECHAVARRÍA MÚNERA (Santa Rosa de Osos, 27 de marzo de 1926-Bogotá, D. C., 29 de noviembre de 2017). Poeta y escritor colombiano.

Obras: *Edad sin tiempo*, ediciones Teoría, 1948, primeros poemas recogidos luego en *El Transeúnte*, 1964. Antologías: *Antologías Antología didáctica*, Editorial Norma, 1969 *Versos memorables: las 100 poesías más famosas de Colombia*, Planeta, 1989 *Lira de amor; antología poética*, Planeta, 1990 *Los mejores versos a la madre*, Círculo de lectores, 1992 *Crónicas de otras muertes y otras vidas: selecciones de Sucesos*, Editorial Universidad de Antioquia, 1993 *Poemas al padre: homenajes y evocaciones de poetas colombianos*, Panamericana, 1997 *Antología de la poesía colombiana*, Ministerio de Cultura/Áncora Editores, Bogotá, 1998. ISBN 958-96244-0-5 *Poesía irreverente y burlesca*, Planeta, 1999 *Antología de poemas al hijo*, Intermedio editores, 2004



EDUARDO CAMACHO GUIZADO (Tunja, Colombia, 1937 – 2 de enero de 2019, Córdoba, España). Profesor, escritor y novelista colombiano.

Obras: *La elegía funeral en la poesía española*, investigación dirigida por Dámaso Alonso que fue publicada por la editorial Gredos en 1969. *Estudios sobre literatura colombiana: siglos XVI y XVII* (1967), *La poesía de José Asunción Silva* (1968), *José Asunción Silva Obra completa* (1977) y *Neruda. Naturaleza, historia, poética* (1973).



JUAN GUSTAVO COBO BORDA (10 de octubre de 1948, Bogotá, Colombia). Poeta, periodista y diplomático colombiano.

Obras: *Consejos para sobrevivir*, poesía, Ediciones La Soga al Cuello, Bogotá, 1974 *Mito*, 1955-1962, ensayo, Colcultura, Bogotá, 1975 *La alegría de leer*, ensayo, Colcultura, Bogotá, 1976 *Salón de té*, poesía, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1979 *La tradición de la pobreza*, ensayo, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1980 *Casa de citas*, ensayos, Caracas, 1981 *Ofrenda en el altar del bolero*, poesía, Monte Ávila, Caracas, 1981 *La otra literatura latinoamericana*, ensayo, El Áncora; Procultura - Colcultura, Bogotá, 1982 *Roncando al sol como una foca en las Galápagos*, poesía, Premia, México, 1983 *Todos los poetas son santos, e irán al cielo* poesía, El Imaginario, Buenos Aires, 1983 *Historia portátil de la poesía colombiana*, ensayos críticos, 1984 *Obregón, ensayo sobre el pintor Alejandro Obregón*, Editorial La Rosa, Bogotá, 1985 *Letras de esta América*, ensayo, Universidad Nacional, Bogotá, 1986 *Arciniegas de cuerpo entero*, ensayo, Planeta, Bogotá, 1987 *Almanaque de versos*, 1988 *El beso de Dios, con 22 ilustraciones, 16 aguafuertes y 6 litogramados del pintor colombiano David Manzur*, 1988 *La narrativa colombiana después de García Márquez*, ensayo, Tercer Mundo, Bogotá, 1989 *Álvaro Mutis*, Procultura, Bogotá, 1989 *Dibujos hechos al azar de lugares que cruzaron mis ojos*, poesía, Monte Ávila,

Caracas, 1991 *Poemas orientales y bogotanos*, 1992 *La mirada cómplice*, ensayo, Universidad del Valle, Cali, 1994 *El coloquio americano*, ensayo, Universidad de Antioquia, Medellín, 1994 *El animal que duerme en cada uno*, poesía, 1995 *Desocupado lector*, ensayo, 1996 *Furioso amor*, poesía, El Áncora Editores, Bogotá, 1997 *Para llegar a García Márquez*, ensayo, Tercer Mundo, Bogotá, 1997 *Para leer a Álvaro Mutis*, ensayo, Espasa, 1998 *Borges enamorado*, ensayo, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1999 *La musa inclemente*, poesía, Tusquets, Barcelona, 2001 *Mis pintores, ensayos sobre 15 artistas colombianos*, Villegas Editores, Bogotá, 2002 *Lengua erótica. Antología poética para hacer el amor*, Villegas Editores, Bogotá, 2004 *Lector impenitente*, selección de sus ensayos, Fondo de Cultura Económica, México, 2004 *Ignacio Gómez Jaramillo*, ensayo, Villegas Editores, Bogotá, 2005 *Cuerpo erótico*, antología de poesía erótica hispanoamericana, Villegas Editores, Bogotá, 2006 *Lecturas convergentes*, paralelo entre García Márquez y Mutis; Taurus, Bogotá, 2006 *Historia de la poesía colombiana. Siglo xx*, Villegas Editores, Bogotá, 2006 *Mirar con las manos*, poesía, Fundación El Libro Total, Bucaramanga, 2006 *Fernando Botero. La plenitud de la forma*, ensayo, Panamericana Editorial, Bogotá, 2007 *El olvidado arte de leer*, crítica literaria, 2008 *Poemas ilustrados, con ilustraciones de Ana Patricia Palacios*; Tragaluz Editores, Medellín, 2008 *El primer José Asunción Silva: Intimidades 1880-1884*, Fundación El Libro Total, Bucaramanga, 2009 *Los poetas mienten*, poesía, Fundación El Libro Total, Bucaramanga, 2009 *Cuando papá perdió la guerra*, Fundación El Libro Total, Bucaramanga, 2010 *Poemas recientes*, Fundación El Libro Total, Bucaramanga, 2011 *Poesía reunida (1972-2012)*, Tusquets, Barcelona, 2012

Notas

[1] Caracas, Monte Ávila, C. A., 1975. <<

[2] Synesius: c. 370-c. 414. Nacido en Cirene, estudió filosofía en Alejandría con Hipatia y después en Atenas. Más tarde fue obispo en Ptolemais en la Pentépolis libia. Sus cartas nos ofrecen una vívida pintura del estado del Imperio Romano en África durante el período que le tocó vivir. [Nota tomada de Aurelio Arturo, *Morada al sur y otros poemas*, Bogotá; Procultura-Presidencia de la República, 1986, p. 123.]. <<

EDUARDO CAMACHO

[¹] Este ensayo apareció en *ECO*, N.º 43, tomo VIII/1, noviembre de 1963. <<

[2] La única publicación de conjunto, de que yo tenga noticia, fue un cuadernillo de la colección “Cántico”, dirigida por Jaime Ibáñez (Año II, N.º 7, Bogotá, 1945). Allí se recogieron trece poemas, nueve de los cuales se incluyen en *Morada*. Los otros cuatro se titulan: “Arrullo”, “Vinieron mis hermanos”, “Canción de amor y soledad” y “Canción de hojas y lejanías”. <<

[3] ECO, VII/4, agosto de 1963. <<

^[4] *Morada*, pág. 4. <<

[5] “Morada al sur”, “Canción del ayer”, “La ciudad de Almaguer”, “Clima”, “Remota Luz”, “El sol”, “Rapsodia de Saulo”, “Nodriza”. <<

[6] “Canción de la noche callada”, “Interludio”, “Qué noche de hojas suaves”, “Canción de la distancia”, “Madrigales”. <<

[7] Y esta fusión de la amada con la tierra se cumple también a la inversa: la tierra se hace mujer, se hace amada:

¿Cuál tu nombre, tu nombre tierra mía,

tu nombre Herminia, Marta?

Tierra, tierra dulce y suave,

¿cómo era tu faz, tierra morena?

(“Remota luz”).

Aldea, paloma de mi hombro, yo que silbé por los caminos,

yo que canté, un hombre rudo, buscaré tus helechos,

acariciaré tu trenza oscura —un hombre bronco—...

(“Rapsodia de Saulo”). <<

[8] Demás está decir que damos a términos como “naturaleza” o “humano”, un sentido lo suficientemente general como para que el primero puede incluir un salón. <<

[9] Pueden leerse también “Canción de ayer” (madre-música) y todos los poemas que he llamado amorosos. En un poema de 1963 encuentro: “Cántame tus canciones,/ tus esbeltas, desnudas canciones,/ esas que se visten de menudas hojas verdes/ y hojas rojas,/ y hojas verdirrosadas,/ con cortezas resinosas/ y pequeñas piedras pulidas por el agua”. <<

J. G. COBO BORDA

[1] Fernando Arbeláez, *Morada al Sur*, de Aurelio Arturo, *Cuadernos*, mayo 1964, N.º 84, París, págs. 101-102. <<

[2] ARISTÓTELES, citado por Matthew Arnold, *Poesía y poetas ingleses*, Colección Austral, N.º 989, Buenos Aires, 1950, pág. 30. <<

[3] EDUARDO CAMACHO G., *Poesía colombiana 1963*, *ECO*, noviembre 1963, N.º 43, págs. 1-12. <<

[4] AURELIO ARTURO, *Canción de hadas*, *ECO*, agosto 1963, N.º 40, págs. 273-274. <<

[5] AURELIO ARTURO, *Palabra*, en “Golpe de Dados”, enero-febrero 1973, N.º 1, págs. 4-5. <<

[6] OCTAVIO PAZ, *Los hijos del limo*, Barcelona, Seix Barral, 1974, pág. 140.

<<

[7] FERNANDO CHARRY LARA, *El poeta*, Lecturas Dominicales, “El Tiempo”, 8 de diciembre 1963, pág. 4. Recogido luego en Lector de poesía, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1975. <<

[8] W. H. AUDEN, *La mano del teñidor*, “Hacer, conocer y juzgar”, Barcelona, Barral Editores, 1974, pág. 69. <<

OBRA E IMAGEN

Aurelio Arturo



Lectulandia